

# LA REPARICIÓN DE LOS ANTIGUOS MALES EN EUROPA\*

(Minorías, nacionalismos, migraciones,  
choques de religión, problemas de fronteras, etc.)

Juan Pando Despierto  
*Doctor en Geografía e Historia  
y colaborador del CESEDEN.*

Entendida una nación como un conflicto histórico, un continente multinacional como es Europa adquiere la misma dimensión en esa perspectiva que, no por ser más monumental, deja de ser menos crítica ni menor reflejo de una particularidad. Y si de crisis supranacionales hablamos, con mayor rigor habrá que atender a las raíces conflictivas de una nación-círculo y de un país de nacionalidades como es España, aunque el autor lo entiende —y quiere dejarlo bien claro— como una sola nación. De ahí nuestra toma de conciencia sobre el titular que guía este ensayo, y que proviene de la muy célebre obra de José Ortega y Gasset publicada en 1921, año trágico para España y de corte diletante para la Europa Occidental, ajena entonces a la próxima resurrección de aquellos dramas formidables proclamados en el año 1914 y que parecían imposibles de repetir. Si España sigue en el año 1996 sin vertebrarse, Europa no le va a la zaga en esa infuncionalidad.

## La Europa que quiere ser otra: el extravío de lo prioritario

En su prólogo a la segunda edición de su obra, en 1922, centraba Ortega su máxima atención en lo que denominaba «grave enfermedad de España», ese no ser de sus jefaturas políticas —«La escasez de hombres dotados con talento sinóptico suficiente para formarse una visión íntegra de la situación nacional», decía el maestro (1)—, siendo todavía el pueblo respetuoso de su integridad cultural y territorial. Ese prioritario interés no le apartaba de la debida preocupación hacia el devenir de Europa.

Al respecto, tenía Ortega, muy nítida, una percepción: «Europa no ha comenzado aún su interna restauración». Y para aquellos que se le anticipasen en la explicación de esa postración, advertía que la misma no era consecuencia del choque bélico pasado —«La guerra fatiga pero no extenua»—, sino de otras heridas y otra necesidad de curarse que, sin embargo, no se manifestaba. Por eso decía que: «Es muy sospechosa la extenuación en que ha caído Europa», pues ese abatimiento no provenía del agotamiento tras un gran

\* Conferencia impartida el día 31 de octubre de 1996, en el aula de ALEMI (XXXV Curso Monográfico sobre la Defensa Nacional ante la proliferación de nuevos riegos.

(1) ORTEGA Y GASSET, José. *España invertebrada*, prólogo del autor a la edición de 1922, reproducido en la séptima reedición de la colección Austral, Espasa Calpe, Madrid, 1982, pp. 12-13.

esfuerzo, sino de un no intentar nada: «A mi juicio, el síntoma más elocuente de la hora actual es la ausencia en toda Europa de una ilusión hacia el mañana» (2).

Europa vuelve hoy a estar dividida aunque no haya imperios que guíen los supuestos intereses de esa división: a un lado, el bienestar social en peligro, todavía firme esa política de la pasividad que tantos daños históricos acarreó a Occidente; al otro, el desamparo de la democracia y el crecimiento de sendos mitos salvadores: el de la revolución mesiánica y el del gran caudillo. En el Este, la militarización de la política aumenta tanto como crece en el Oeste la desmovilización de un sentimiento unionista, regenerativo y ejemplarizante.

No es menos cierto que parecemos inmersos en un escenario de cambios tan drásticos como contundentes, aunque algunos no se hayan consumado. Toda esa energía mutante afecta a nuestro modo de ser, a nuestras mentalidades, a nuestros métodos productivos —«El papel de las fábricas es cada vez menos relevante», dice Paolo Tosi, con aguda definición (3)—; a la energía desbordante de un factor de comunicación planetaria que se rebela, por su propia mecánica y la multitud de usuarios, hostil a toda vigilancia —«Es inútil tratar de controlar Internet», asegura, Nicholas Negroponte (4)—; al envejecimiento de los sistemas, que lo es en las personas que los orientan y no tanto en el modelo —crisis en la Monarquía británica—; o al disparate de las especulaciones, en esas alianzas entre Gobierno insensible y financieros irresponsables, como ha ocurrido en Japón con los *amakudari* —literalmente «venidos del cielo»: ex responsables ministeriales que pasaban a dirigir grandes corporaciones, para beneficiar a las mismas con sus conocimientos confidenciales, mientras ellos cobraban doble sueldo (como nuevos directivos y jubilados de la Administración); y a la inversa, los empresarios que pasaban a ocupar altos cargos en la Administración (5).

La decepción popular en el fallido reformismo democrático de Rusia y China no es menor. En Rusia, 90.000 empresas estatales han sido privatizadas en el año 1994. Y el ritmo prosigue a razón de un millar al mes. Pronto se interrumpirá esa cadencia frenética: no habrá nada que privatizar o no quedará nada por robar. Empresas con 1.000 operarios y excelente maquinaria, están siendo vendidas a menos de la tercera parte de su precio a los oportunistas de oficio, tutelados por las mafias de Estado. La corrupción de lo que Kolko denomina «los pequeños príncipes pekineses», alcanza niveles de paranoia cleptómana en las familias del aparato comunista (6).

Inmoralidad, prevaricación, insumisión ante la Ley y dentro del propio Estado. Todo parece estar en litigio y «ninguno de los fundamentos de los Estados se ve a salvo de esta oleada

---

(2) *Ibidem*, pp. 16-18.

(3) Entrevista a Paolo Tosi, consejero delegado de Olivetti España en *El país*, por Juan Manuel Zafra, edición del domingo 2 de julio de 1995. Tosi hacía referencia a la formidable mutación en curso sobre los procesos productivos: «Cada vez se necesita menos gente para producir los mismos productos».

(4) Entrevista a Nicholas Negroponte, fundador y director de Media Lab. en *El país*, por María del Mar Jiménez, edición del domingo 26 de mayo de 1996.

(5) Este tipo de escándalos —aberraciones sociopolíticas— detonó la primavera pasada en todo el sureste asiático, y afectó, en especial, a las entidades niponas de crédito hipotecario, generando unas deudas en torno a los 9,5 billones de pesetas (sobre un total de deudas, públicas y privadas estimado en ¡80 billones!. Alcaraz, Ana, «La crisis bancaria cuestiona el futuro de Japón», en *El país*, edición del domingo 12 de mayo de 1996.

(6) Kolko, Gabriel. «Moscou, Pékin, Hanoï: les prédateurs au pouvoir», en *Le Monde Diplomatique*, número 501, diciembre de 1995.

de cuestionamientos críticos» (7). Vivimos una gran decepción, esa pérdida de la magia mundial que denunciara Weber, ese navegar sin norte ni intención. Las gentes, los pueblos, están tan confusas unas como desanimados los otros, en esa práctica de indiferencias que resume Camps: «El escepticismo domina al ciudadano» (8). Hay que dignificar la política o nos quedaremos sin política y, por consiguiente, sin su valor supremo: la democracia.

El desencanto no es patrimonio de nadie en esta Europa que no sabe qué hacer. En Francia, el 83% de los ciudadanos manifiesta su deseo de «cambiar la política» (9). ¿Por cuál otra? No lo saben. Consciente de esas dudas populares, el primer ministro, Alain Juppé promete a sus conciudadanos «una nueva democracia para el año 2000» (10). ¿Bajo qué fundamentos, y con qué objetivos? No se sabe. Aunque se supone que, por el hecho de ser «nueva», será buena. Brotan las obviedades y los fanatismos, y surgen las diabolizaciones sobre el contrario, «el diferente». Europa descubre viejas heridas que creía cerradas: todo ese magma de territorialismos, sectarismos y racismos. Y así, Europa vuelve a encontrarse inerte ante unas tensiones que no son exportables.

Europa tiene que convivir con esas fuerzas hostiles, y debe tratar de reducirlas o perecerá bajo su influjo letal. Europa vuelve a ser un espacio cerrado, condenado a devorarse a sí mismo, y no podemos utilizar los recursos que los antiguos para liberarse de esa presión según estudiara Merle: «Conquista de nuevas tierras y pueblos, abandono de las fronteras históricas, exportación de capitales y minorías» (11). Todos sabemos que el experimento imperialista no funcionó. La avaricia de unos y otros por disponer de mayores patrimonios coloniales fue una de las causas del choque de 1914-1918, y el empeño obsesivo en el caso del ataque nipón a Estados Unidos en el año 1941.

Nuestros imperios de hoy residen en la devoción a las libertades y en la defensa de las mismas ante las tiranías, en la creación y mantenimiento de democracias sólidas y solventes, en la persecución sin vacilaciones de todo terrorismo, en la mejora de nuestros Parlamentos y leyes electorales, en la reforma de la Administración y la anulación de la burocracia, en el más equitativo reparto posible del trabajo, en la nueva y completa reordenación de nuestros procesos fabriles, en el replantamiento audaz de la locomoción colectiva, en el estímulo sin trabas a la investigación, en el control estricto de los descubrimientos y procesos genéticos, en la más justa redistribución de la riqueza, en la constitución de un urbanismo práctico y estético a la vez, en la reorientación equilibrada y previsor de la vida urbana y del medio rural, en la protección no dogmática y sí eficaz al medio ambiente, en el uso no anárquico ni totalitario de las redes de comunicación, en el apoyo constante a nuestra juventud, en volcarnos en la educación de una sociedad sin edades ni clases, en velar por la salvaguardia de las pensiones de nuestros mayores y en atender sus consejos, y en dirigir nuestra civilización hacia plataformas más participativas, más valientes y más universales. Esas son nuestras imperialidades.

---

(7) RAMONET, Ignacio. «Un monde sans cap» en *Le Monde Diplomatique*, número 499, octubre de 1995, p. 1.

(8) Entrevista a Victoria Camps por Margarita Riviere, en *El país*, 28 de diciembre de 1991.

(9) Encuesta de varios diarios franceses, reflejada en la emisión de *TF1* en su edición vespertina del domingo 8 de septiembre de 1996.

(10) *Le Monde*, edición del jueves 3 de octubre de 1996.

(11) MERLE, Marcel. *Forces et enjeux dans les relations internationales*, París, Económica, 1985, pp. 105-108.

Europa tiene capacidad para acometer esa magna empresa. Para ello tendrá que perder esos modales miedosos que denunciara Ortega: —«En Europa hoy no se desea» (12)—, y que hoy vuelven a expresar su atonía, su pavorosa indiferencia. Toda acción colectiva precisa de un ensimismamiento previo. De una ilusión y una movilización. Y sin ellas nada se considera bastante, ni tampoco se valora nada; ni nada en definitiva queda.

Las únicas fuerzas puestas en línea por la europeidad se orientan hacia lo económico —los baremos de Maastricht—, lo que puede derivar en un muy serio error si todo el proceso unionista se detiene en ese monetarismo. Miseria de ideas como trueque para sostener una solidez bancaria, que no la solvencia de Europa como banca de los equilibrios planetarios. Porque esa es nuestra función histórica: moderar las líneas de fuerza del Mundo. Si esas severas obligaciones en curso fuerzan el sacrificio de las sociedades, el ideal de Europa volverá a su fría tumba de siglos.

Es cierto que en la Conferencia de Ministros de Economía de la Unión Europea en Dublín (20-21 de septiembre) se logró un «acuerdo de respetos» a los principios rectores de la Unión Europea Monetaria, pero la corresponsabilidad de sus miembros es mucho más formal que material: Italia no quiere saber nada de un Maastricht devorador de sus contados recursos; el Reino Unido sigue con sus miedos y rechazos a toda idea unionista; Francia teme más a ese mundo maastrichtiano por lo mucho de germánico que hay en él —la rectoría casi tiránica del Bundesbank— que por lo reformador de las instituciones que en él pueda subsistir después de alcanzar el horizonte del año 1999, con el euro en plenitud; y la propia Alemania no cumple hoy ninguno de sus autodictados monetarios.

Sólo Luxemburgo cumple todos los requisitos y de manera ejemplar —niveles óptimos de Deuda Pública, con intereses bajos, inflación mínima y déficit muy reducido—, pero su notabilísimo buen hacer tecnomonetario apenas tiene trascendencia política. Y es que la Unión Europea (UE), en el avance de su recorrido geopolítico, dependerá siempre de lo que hagan esos Estados-locomotora clásicos en su génesis: Alemania, Francia, el Reino Unido y, unidos a ellos en tándem, Austria, Bélgica, España, Italia, Holanda, Portugal y Suecia, verdadero «tren» de lo europeo.

Mientras, y en relación con la seguridad común, la «Asociación para la Paz» es un eufemismo que tipifica una OTAN de segundo rango. Y esa pseudoestructura defensiva —tiene mucho más de «alambrada» política hacia Rusia que de coordinación militar—, difícilmente servirá para reactivar esas urgentes necesidades de unión. Primero, ejércitos comunes; luego, diplomacias en común y, por último, moneda única y un verdadero gobierno comunitario de Europa. Y no al revés. Los sustanciosos avances hacia el primer sentido —el Eurocuerpo, Euromarforce y otros— no dejan de ser modelos en laboratorio de una independencia militar de Europa que no arranca porque Estados Unidos y el Reino Unido siguen con sus duros recelos hacia la Unión Europea Occidental (UEO). Europa, y con ella la OTAN, tienen que dar ese salto hacia adelante —lograr una plena integración con los mundos eslavos y mediterráneos—, cosa para la cual el concepto de «terminar la reforma» que apunta Hervé de Charette (13), aún será insuficiente en lo moral y en lo geopolítico, por lo que habría que ir hacia una refundación total del sistema.

(12) ORTEGA Y GASSET, *op. cit.*, p. 18.

(13) Entrevista a Hervé de Charette, ministro francés de Asuntos Exteriores, por Daniel Vernet, en *Le Monde*, edición del domingo 2-lunes 3 de junio de 1996.

Es verdad que los proyectos defensivos comunes-Eurofighter, (interceptor-bombardero) Avión de Transporte Futuro (ATF), satélites-espías tipo *Helios 2* y *Horus*, desarrollo de un blindado de infantería y hasta de un misil aeroportado (*Storm Shadow*) favorecen una integración militar y política apoyan esa unidad deseable (14). Ahora bien, ¿esa movilización tecnomilitar es una voluntad moral, como reflejo de la europeidad sincera de nuestros gestores industriales, o responde sólo a una dinamización de sus beneficios empresariales y, por ende, al mantenimiento de una masa laboral en graves dificultades dentro de esa especialidad? Porque Europa, su política de seguridad y su idea de la política en la Historia, deberían ser bastante más que un simple replotamiento de sus industrias de defensa, aunque esto sea muy loable de cara al mantenimiento de tal vez 75.000-90.000 empleos.

### **El mapa de los males de Europa: situación y expectativas**

Estas perturbaciones se han agravado en el último quinquenio y sorprenden por su agresividad, cuando nunca desaparecieron. Estaban ahí, latentes desde 1918 y 1945, como bacterias necesitadas de una nueva conmoción celular para aflorar su poder destructivo. Al fin lo hicieron en el periodo 1989-1992, coincidente con el desplome del mundo soviético, las guerras en Yugoslavia y en los espacios caucásicos, la devaluación de las monedas occidentales en espiral, y el crecimiento desordenado de la burocracia, la formación de enormes ejércitos de desempleados, la frustración de millones de familias, la quiebra acelerada del Estado de Bienestar y el desprestigio recurrente no de los viejos Estados-Nación, sino de la política de algunos partidos que dirigían esas nobles naciones creadoras de la europeidad.

#### *Crisis del liderazgo nacional, no de las naciones*

Es falso que esté en quiebra el Estado-Nación: el ilusionismo de tantos nacionalismos por ingresar en un plano internacional superior como la UE —una poderosa explanadora de los nacionalismos— lo demuestra. Además, todo europeo exige a su gobierno que sea «más nacional que nadie», cuando él alardea de ciudadano del mundo. Lo que está quebrado es esa mísera política partidista, falsamente liberal y antidemocrática que hizo un enorme daño al ideal europeo y causó lesiones sociales que no conocieron barreras oceánicas. En Latinoamérica, los casos son bien conocidos y harto significativos. La crisis no es de las naciones, y sí de las clases políticas que, deshonrosamente, las han dirigido en el último decenio.

Extraviado el honor de la política, conculcadas las leyes del equilibrio interior (constituciones), la ciudadanía percibe, en esa falta de ejemplaridad, la idea de que la solución radica en la vuelta a los extremismos o en un sálvese quien pueda, que es viejo remedio universal. Y aumenta la sensación de que los grandes proyectos, ya sean de los Estados-Nación, o por la suma creativa de los mismos en un recinto armonizador, como es la UE —internacionalidad sin nacionalismos—, de por sí parecen ingobernables, tal y como sucede con las Naciones Unidas.

---

(14) «Défense: l'Europe s'unit», editorial de *Le Monde*, edición del sábado 27 de julio de 1996.

Crece entonces la idea —de fácil deducción populista— que la política regional es la salvación de Europa, sin apercibirse de que el regionalismo puede ser también una suma de identidades plurales sin necesidad de hacer de sus señas particulares eso que denomino «política de blocaos»: líneas defensivas contra lo otro o lo distinto, un afán de atrincheramientos, de falsas amenazas exteriores, de autosospechas para justificar sistemáticas negaciones al consenso. Son nacionalismos que ni integran ni se integran. A medio plazo, esas acciones sólo provocan la constitución de sociedades a la defensiva, de países-cárcel.

Este magma de conflictos va a más, y aunque nunca podrá formalizar una estrategia general, acaba por romper la estrategia más importante, la de la concordia. En su dinámica viene dado el germen de futuras alianzas ofensivas, que pasarán primero por lo comercial —nuevas fronteras, nuevas comunicaciones— y acabarán en lo militar. El erigir barreras defensivas, cuando las mismas no se atienen a ningún riesgo exterior concreto, fuerza el amurallamiento de las políticas. Y el torpe recurso a levantar ejércitos obliga a movilizar otras defensas nacionales, las cuales conducen al choque bélico. La imaginación de la amenaza puede convertirse al final en la realidad de la guerra.

#### *Idea constitucional de Europa: prudencias y posibilismos*

En el marco de una configuración de lo europeo a un nivel supraestatal, la idea de favorecer o suspender, *sine die*, la creación de una constitución para Europa ha recibido varias señas reflexivas y un magnífico estudio en prospectiva, el de Dieter Grimm. De las señas, citaremos el hecho incuestionable de una multiplicación de los Estados soberanos en Europa, así como una segunda oleada de independencias a nivel mundial.

Esa marea de soberanías —con el máximo respeto hacia las mismas—, está llevando a los organismos planetarios hacia niveles agudos de sobresaturación y, por ende, de incapacidad gestora. Las Naciones Unidas tienen ya 185 Estados miembros, pero esta cifra no se corresponde con la percepción que, de ese panorama de identidades nacionales, poseen las potencias. Por ejemplo, Rusia reconoce sólo a 172 Estados; Francia, 190; Suiza, 194; y dentro de la misma ONU, una de sus organizaciones-bandera, la UNESCO, sólo admite 183 identificaciones soberanas. Las cifras de Estados soberanos, o en vías de serlo, varían también de forma significativa, pues si un estudio reciente las sitúa en la horquilla de 168 a 254 (15), la diplomacia alemana eleva el nivel superior hasta los 281 nombres estatales, con independencia de si lo son de verdad o pueden serlo en un futuro remoto.

En Europa podemos encontrarlos, en los primeros pasos de la XXI centuria, con una franja de Estados soberanos entre las 40 y las 50 banderas. ¿Cómo traducir esa masa de nacionalidades en unos organismos equilibrados y operativos, donde se respeten los principios de soberanía de cada cual con las evidencias de atender las prioridades electorales de los grandes países, los dotados de mayor población y mayor extensión territorial? Y más aún, ¿cómo mantener operativa la gestión de esos organismos políticos,

---

(15) ROUSSEL, François-Gabriel. «Le monde dans tous ses Etats», en *Le Monde Diplomatique*, número 508, julio de 1996.

económicos y parlamentarios? ¿Por el voto de la simple mayoría, o por la toma de decisiones en un escalonamiento de grupos más o menos afines, ya que el concepto de unanimidad parece tan complicado de alcanzar como utópico de mantener?

Para Grimm, la naturaleza democrática de un sistema político está acreditada no tanto por la existencia de Parlamentos electos —algo que es connatural al modo democrático y es de vigencia plena en la mayoría de los Estados de Occidente—, como por el pluralismo, y lo que él denomina «la representatividad interna», esto es, la capacidad de adoptar compromisos de importancia a nivel de partidos, asociaciones, movimientos ciudadanos y medios de comunicación. Se llega así a un escalonamiento de la democracia, pero no basado en diferentes jerarquías, sino en una red de intereses y corresponsabilidades, como si fuera un tejido autodefensivo. Otro factor de relieve —y de conflicto— en toda democracia es «la mediación entre el pueblo y las instituciones», dado que «el mayor peligro deriva de la tendencia de estas últimas a convertirse en independientes del pueblo» (16).

Aclara Grimm varias cuestiones trascendentes que no han de olvidarse en esta problemática: la no existencia de «un sistema de partidos europeizado» —hay grupos europeos en el Parlamento de Estrasburgo, pero sin sostener intereses comunes—; tampoco existen auténticas asociaciones de ciudadanos europeos; ni medios de comunicación que merezcan esa titulación genérica —las fusiones de empresas mediáticas siguen siendo muy dependientes de sus identidades nacionales—; aunque haya factores poderosos de europeización a nivel de dirigentes y funcionarios, pero su correspondencia con el pueblo llano es virtualmente nula. Todo ello aumenta la evidencia de una grave ausencia: la falta de una lengua común, de un elemento vehicular ideocultural.

Una lengua para entendernos no sólo en el fluido comercial o artístico —los dos existen—, sino para exponer los graves asuntos políticos que nos conciernen y para atrevernos a tomar las decisiones pertinentes. Para Grimm esto es «el mayor obstáculo a la europeización de la subestructura política». Y tras recordar que lenguas universales como el francés y el inglés «son idiomas extranjeros para más del 80% de la población de la UE», el ensayista viene a deducir que «el nivel europeo de la política carece de un público correspondiente». ¿Por qué? Por falta de comprensión o de conocimiento, no ya por capacidad de comunicar, que ésta existe en esencia.

Estados multinacionales como Bélgica, Suiza o Finlandia, tienen entre 5.000.000 y 10.000.000 de habitantes que emplean dos o tres idiomas de amplia cobertura. La UE, con 370.000.000 de habitantes, cuenta con 11 idiomas principales. Singular es el caso de una gran potencia de raíz multinacional por aluvión migratorio, como Estados Unidos, con 250 millones de pobladores —y con dos idiomas básicos (inglés y español) y otros subsidiarios (francés, alemán, chino y japonés)—, pero que se entiende entre sí con un idioma patriótico-federal único, que es el inglés. Y es que, como bien dice Grimm sobre el caso norteamericano, «sus inmigrantes han abandonado su cohesión derivada de un Estado-

---

(16) GRIMM, Dieter. «¿Necesita Europa una constitución?» en *Debats*, Edicions Alfons el Magnànim, número 55, marzo 1996.

Nación y aceptado una nueva patria política con una lengua mayoritaria y comunicaciones a escala de país» (17). Los europeos tendríamos que emigrar a otro continente para sentirnos faltos de una patria e inventarla. Como habitamos sobre ella, ni la comprendemos ni la queremos.

¿Podremos los europeos formar un sistema multiestado como el estadounidense? Tal y como están hoy las cosas sociales y políticas, decididamente no. Y ese «no» lo será por mucho tiempo. Nos falta una coherencia de intereses comunes; nos falta también una idea de patria o de refugio, tan sincero como viable, de nuestras libertades; y nos falta, incluso, la voluntad de soñar esa patria y aportar el imprescindible coraje para defenderla de cualquier amenaza. En cambio, no estamos faltos de convicciones democráticas, y creemos en ellas tanto como suponemos que creen y las sienten así nuestros vecinos. Pero ahí acaba toda idea de coparticipación o de ilusión hacia un proyecto superior.

Por eso dice Grimm que: «Lo que obstruye la democracia (en la idea de Europa) no es la falta de cohesión de los ciudadanos de la Unión como pueblo, sino el débil desarrollo de su identidad colectiva y una mínima capacidad para el discurso transnacional». Nuestros Estados-Nación nos pesan como una losa, y ese sobrepeso intelectual es lo que nos impide pensar, como debiéramos, lo que debería ser Europa. Como dudamos de ello, dudamos de nosotros mismos, y esa duda alimenta el fracaso de nuestra concepción democrática de la europeidad. De ahí la aseveración de Grimm: «La consecución del Estado constitucional democrático sólo puede realizarse, por el momento, en el marco nacional». Es decir, somos todavía inmaduros para creer en la idea de Europa como ella misma se merece. El mismo autor, y en relación a la posible configuración de una constitución para Europa, tendente a convertir la UE en un Estado federal, estima que «en estas circunstancias no resulte un objetivo inmediatamente deseable».

Personalmente, estimo que nos encontramos encerrados en un dilema: somos europeos combatientes del término «Europa» como utopía, pero no queremos desprendernos de las matrices nacionales, cuando todos sabemos que esa inercia no es suficiente valor cara al futuro. Si hubieran pensado como nosotros las gentes que dictaron los principios estadounidenses de la Constitución de 1787, esa gran nación de naciones no habría nacido. ¿Tendremos que emigrar para creer en nuestros valores como europeos, o es que hemos perdido ya todo valor y estamos como estamos, desunidos e inmersos en el curso de lo ahistórico?

Desde Estados Unidos, una Europa federal suscitaría comprensiones amistosas, aunque estaría por ver si adhesiones entusiastas. Pero sí existe un fondo intelectual comprensivo de ese federalismo. Brezezinski, al hilo de la decepcionante realidad de una europeidad desunida ante el conflicto yugoslavo, deducía que ese revés: «Ilustra dramáticamente la necesidad urgente de una Europa capaz de actuar como una unidad política» (18). Pero antes había dicho con agudeza: «Washington tiende a estar más próximo a los planteamientos habituales de los conservadores británicos, que preferirían no ver el surgimiento de una Europa federal dotada de organismos con capacidad decisoria política

(17) *Ibidem*, p. 13.

(18) BREZEZINSKI, Zbigniew. «El mundo necesita una Europa federal pronto» en *El país*, edición del 20 de noviembre de 1991.



y militar». Y después de analizar las dos hipótesis de creación de una nueva Europa —desde la concordancia franco-alemana como eje, o sin la colaboración al mismo del Reino Unido—, decidir con gran valentía: «De los dos planteamientos opuestos respecto al futuro de Europa, el franco-alemán y el británico, el primero merece el apoyo de Estados Unidos».

No hay muchos Brezezinski disponibles, pero sus palabras nos deben hacer reflexionar: América no puede ser contraria a una federación de Europa. Otra cosa es que no tenga la libertad moral de criticar esa unión, aunque reconozca, en su interior, que la creación de un auténtico poder mundial lesionaría sus intereses. Cuando eso sería otro error, pues nada más beneficioso que una diarquía intercontinental de las democracias.

De ahí que nos preguntemos: ¿Estamos ante un tiempo federalista para Europa? Diríamos que sí. Grimm no lo niega en modo alguno, sólo dice que «por ahora» no es posible, cuestión en la que coincidimos plenamente con él. Ese horizonte debería acometerse con pasos previos muy precisos: un solo ejército, una sola diplomacia, una sola moneda, ninguna frontera. Y por ese orden. Ese es el objetivo moral de la UE o de la UEO, pero falta la concordancia intelectual, y falta, también, la conjunción de lealtades precisas.

Compartimos las tesis de Juan Ignacio Barrero, presidente del Senado, cuando dijo: «El federalismo es interesante, pero, ahora, no es posible» (19), con lo que viene a coincidir con Grimm, aunque en un plano mucho más elemental. Por nuestra parte, consideramos como imprescindible para España la aceleración de la marcha hacia una Europa federal, sistema interestatal enlazado por la lógica de una corresponsabilidad unitaria sobre el dictamen del *foedus* histórico (pacto, alianza). Porque a mayor federalismo europeo, mayor estabilidad de los Estados-Nación que constituyen su base. Y a una Europa más federativa, menor sentido de los nacionalismos secesionistas de sus regiones.

Grimm nos señala que hay que evitar, a todo trance, construir «un Estado europeo» si lo dotamos de los mecanismos clásicos del modelo, y una constitución uniforme para sus países miembros es contundente definición del concepto. Pero como el baremo de identidad colectiva —de creencia y defensa activa en esa idea— es bajísimo, su «nivel de legitimación sería más bajo que el de un Estado-Nación» (20). ¿Y qué nos ofrece Grimm como alternativa? Esto en concreto: «Lo que habría que hacer, por el contrario, es mantener la UE en su naturaleza especial como acuerdo supranacional y construir a partir de esa naturaleza, no copiar esquemas nacionales». Exactamente eso. Construir desde nuevos presupuestos y en lo que siempre hemos definido como política de pequeños pasos. Aunque ese caminar a *petits pas* pueda parecernos de escasa entidad, la tiene y mucho. Lo que se trata es de inventar Europa en moldes más reducidos, más operativos y autodotados de mayor convicción conjuntiva.

España debe abrir sus fronteras, porque en esa apertura estarán su suerte y su grandeza, su seguridad y su razón de ser. Y ese paso crucial puede iniciarse con Portugal, país con el que debería experimentarse un pausado federalismo binacional, activado en un proyecto

(19) Entrevista al presidente del Senado por Jeremías Clemente en *El país*, edición del martes 9 de abril de 1996.

(20) GRIMM, Dieter. *Op. cit.*, p. 14.

viable: compartir ministerios, planes de desarrollo, acciones diplomáticas, financieras, defensivas y hasta representaciones electorales en el Parlamento de Europa. De esa iniciativa se beneficiaría, a gran escala, la creación de unos Estados Unidos de Europa, el ideal que impulsaron, en octubre de 1955, gentes como Fanfani, Mollet y Fhormann (21). Pero no olvidemos que el modelo federal europeo, que se presentó como panacea en 1951 (plan Monnet-Schumann), acabó siendo negado por sus descendientes en 1991: la sentencia de Mitterrand ante el intento serbio de sostener militarmente la idea de Yugoslavia —«No se puede salvar una Federación por la fuerza» (22).

### *Nacionalismos y minorías. Fronteras y figura de la crisis*

En la actualidad, la figura de la crisis de los sistemas y de las sociedades en Europa no se atiene a una divisoria que separe dos mundos enfrentados, dirigidos por rectorías que sólo pensarán en cómo aniquilar al bloque contrario mientras vigilan sus protectorados respectivos, sino que la división se ha generalizado, confundiendo todas las antiguas estrategias. Y si en la vertiente occidental esa división no entraña riesgos de choque bilateral o trilateral, tampoco ayuda en nada a constituir una defensa armónica y eficaz entre las naciones de ese área. Por el Este, amigos y enemigos conocen aún mayores confusiones.

La figura de la crisis de los nacionalismos y minorías, en el marco de Europa y Eurasia, viene definida por una «Z» de gran tamaño, cuyo brazo superior arranca del conflicto del Ulster, salta al continente y se inserta en la vieja crisis flamenco-valona, prosigue hasta el Báltico por el enclave de Kaliningrado —la antigua Königsberg alemana, hoy territorio ruso—, se inserta en las tres repúblicas bálticas, desciende, ya en oblicuo, por Bielorrusia y la frontera polaca, avanza hacia el suroeste por el corte entre Chequia y Eslovaquia, sin olvidar la divisoria tensional de ésta con Hungría, y sus enlaces con Rumania, Ucrania y Bulgaria; llega hasta Córcega y alcanza España; gira luego hacia el Este, cruza Italia por el Piamonte, desembarca en el latente volcán ex yugoslavo, continúa por el albanés y el macedonio, y se encuentra en el Egeo con el choque greco-turco; deja atrás la amenaza turco-búlgara, camina en paralelo delicado con el área moldavo-ucraniana, atraviesa la colisión Armenia-Azerbaiyán, se introduce en la revuelta Georgia y acaba en la bélica Chechenia y Dagestán, ya en las orillas del mar Caspio. Todo un recorrido para la meditación del político y la máxima prevención cardiológica de la geopolítica, cuadro 1.

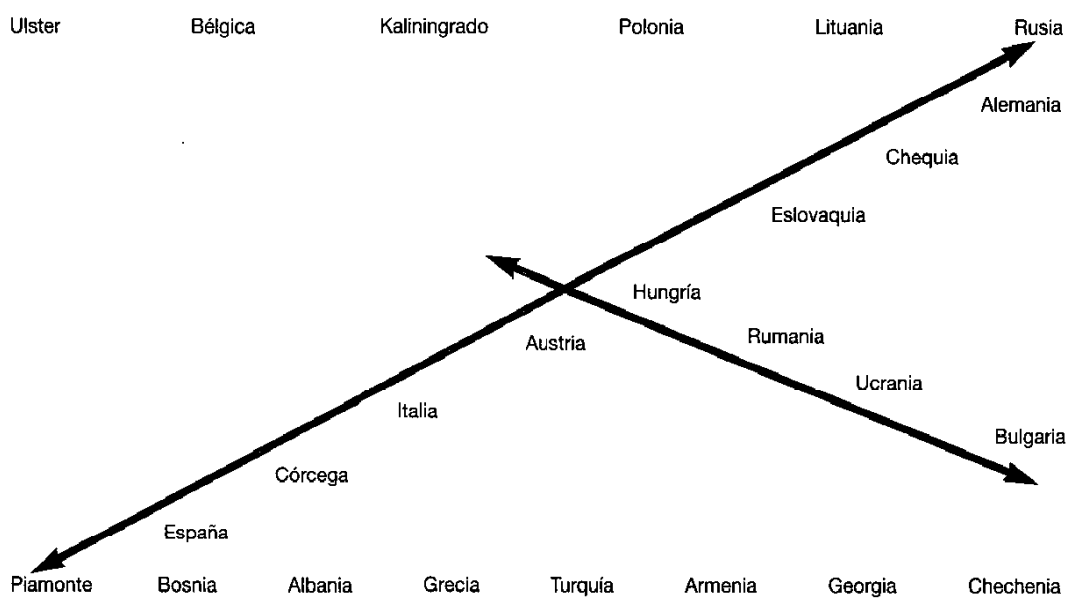
### *Nacionalismos en conflicto: desde el Ulster a Eslovaquia*

La crisis de Irlanda del Norte, tras un periodo de gracia de apenas un año, ha vuelto por donde solía, con el terrorismo del Ejército Republicano Irlandés (IRA) dirigido no sólo contra sus adversarios unionistas, sino contra el pueblo británico —Londres conoció la primavera y verano pasados una siniestra oleada de atentados—, y también contra sí

(21) MONNET, Jean. *Memorias*, traducción de José María Martínez García sobre la edición francesa de 1976, Madrid, Siglo XXI, primera edición de 1985, pp. 399-424.

(22) Declaraciones del presidente Mitterrand con ocasión de un encuentro celebrado con el canciller Kohl en Bad Wiesse (Baviera), el martes 23 de julio, para estudiar las consecuencias internacionales de la guerra en la ya destrozada Yugoslavia. *Le Monde*, edición del 25 de julio de 1991.

**Cuadro 1.- Figura de la crisis de nacionalismos en Europa y Eurasia.**



mismo, en un ajuste de cuentas entre las bandas terroristas. Las expectativas de arreglo entre las partes se han esfumado, y la mediación estadounidense ha conocido un sonoro fracaso.

En Bélgica, la falla que separa a flamencos y valones, que es institucional —la Constitución de 1970 y el llamado Pacto de Egmont (por el palacio del mismo nombre en Bruselas), sellado el 24 de mayo de 1977, así como los acuerdos parlamentarios de agosto de 1980, instituyen un verdadero Estado federal con impulsos confederalistas (voluntad de independencia de cada una de las Partes). Esa dinámica es más de los partidos que de los pueblos y, en ese sentido, recibió una seria llamada de aviso el 21 de julio, día de la fiesta nacional, cuando el rey Alberto II habló de su preocupación por «los excesos separatistas» (23).

En Polonia subsiste la inquietud por la suerte de su minoría en Lituania, país que ha hecho de su nacionalismo un arma arrojadiza contra sus vecinos, aunque ahora contenida. Las tres repúblicas bálticas, con importantes poblaciones rusas en su seno —en Estonia sólo el 60% de la población es autóctona— no aciertan en el uso de sus independencias, que siguen girando hacia Alemania mientras desprecian la magnitud de Rusia, a la que desearían devolver viejos y duros agravios sin saber cómo.

Y en el Báltico sigue enquistado el problema de Kaliningrado —Köegnisberg, la patria de Kant—, y refugio postrero de la vanidad estratégica soviética. Bonn no tiene ninguna prisa

(23) *La Libre Belgique*, edición del 22 de julio de 1996.

por recuperar este gran Gibraltar del Norte —15.100 kilómetros cuadrados y 800.000 habitantes—, y menos aún la tiene Moscú, pues aunque no sabe cómo sostener el coste de esta posesión fuertemente fortificada —tal vez, unos 50.000.000 de dólares al año—, Kaliningrado es el único reducto avanzado que, de perderse, embotellaría en San Petersburgo a la II Flota rusa, aunque ya queda poco allí por embotellar: el desmantelamiento de sus unidades alcanza el 40-45% de sus anteriores efectivos. Las bases de Murmansk y Zapadnaïa Litsa, son hoy sendos y gigantescos cementerios navales. Y con la amenaza de los deteriorados reactores atómicos de submarinos y rompehielos en constante situación crítica (24).

Por otra parte, la supuesta federación ruso-bielorrusa —mera reinserción de la efímera independencia de Belarus (1991) en la maternidad geopolítica de Rusia—, ha trasladado, de golpe, las fronteras del tradicional enemigo a los límites orientales de Polonia, con la subsiguiente sensación de incomodidad estratégica para cualquier Gobierno de Varsovia. En esa descarada reunificación del eje Moscú-Minsk (2 abril 1996) surgían factores de riesgo para los vecinos. El día antes, lunes 1, quedaban unificados los mandos de la defensa aérea de ambos países (25).

Chequia y Eslovaquia, que en su ruptura del año 1993 acabaron con aquella «revolución de terciopelo» que liderara el sagaz Vaclav Havel, mantienen sus diferencias culturales, pero no razonables económicamente. Los checos han perdido un gran mercado, y en los eslovacos crece la impresión de haber hecho un pésimo negocio: sus industrias de armamento, puntales de su economía, están en ruinas, y el país, falto de salidas naturales despejadas, se enfrenta a Hungría por el espinoso asunto del control de la cabecera fluvial del curso alto del Danubio —el polémico proyecto Gabčíkovo-Nagymaros—, que podría alterar el equilibrio freático de toda la región, aparte de crear considerables perjuicios ecológicos y sociales (26). Como la crisis eslovaco-húngara afecta a otros escenarios y circunstancias, fue muy positiva la firma, en París, el 19 de marzo de 1995, de un acuerdo entre el primer ministro eslovaco, el correoso Vladimír Mečiar, con su colega húngaro, el neocomunista Gyula Horn, por medio del cual ambos países prometían respetar sus fronteras y proteger los derechos de los 600.000 magiares residentes en Eslovaquia.

### *Los nacionalismos sureuropeos. De Córcega al Piamonte*

En ese peñasco de lo galo en la mediterraneidad que es Córcega, las cosas nacionalistas están como estaban, esto es, atrincheradas en hoscas realidades, y de visión sesgada según los intérpretes respectivos. El Gobierno de Jupée considera «contenido» el problema terrorista. Las facciones del Frente de Liberación de Córcega (FLNC), que se ha

---

(24) CALABUG ODINS, Erlends. «Après-guerre froide en Europe arctique», en *Le Monde Diplomatique*, número 510, septiembre de 1996.

(25) COULLODON, Virginie. «Russie-Biélorussie: pour le meilleur et pour le pire», en *Politique Internationale*, número 72, verano de 1996. Se trata de una entrevista a Alexandr Lukachenko, presidente de la República de Bielorrusia (desde julio de 1994).

(26) WALLER, Michael. «Hongrie: contre les barrages sur le Danube», en *Problèmes politiques et sociaux. Dossiers d'actualité mondiale*, número 731, julio de 1994, pp. 23-27.

subdividido en tres ramas (27), dicen lo opuesto, cuando sólo mantienen despejado su fanatismo y aseguran su aislamiento. François Santoni, del FLNC, anunció «el fin de un proceso de paz» (entre enero y julio de este año), y desde las páginas del semanario *Ribombu*, su redactor-jefe, Jean-Michel Rossi, apela a los corsos para que cumplan «con su deber de sublevarse» (28). El FLNC se equivoca: Córcega no es Angola o la antigua Rodesia (hoy Zimbabue). Y el centralismo francés, aunque ceñudo y burócrata, no es ningún colonialismo, con ser el centralismo más duro de Europa.

En medio, el pueblo corso. A esta altiva sociedad no le gustó nada que el Consejo Constitucional —equivalente a nuestro Tribunal Constitucional— dictara aquella sentencia del 9 de mayo del año 1991 por la que la especificidad de «el pueblo corso integrado en el pueblo francés» —la esencia del artículo 1 del Estatuto de Autonomía, preparado por Pierre Joxe, ministro del Interior en el Gobierno Cresson—, fuese rechazado con total contundencia, pues el Constitucional galo dijo que: «Sólo reconoce al pueblo francés», en base a los preámbulos de las Constituciones de 1946 y 1958. Pero bastante menos gusta a los corsos la política del bombazo, de la extorsión y del secuestro, más todo ese festival de tiroteos entre los grupúsculos del FLNC (en Ajaccio y Bastia). La isla tiene quebrada su economía, rota su paz, anulado su futuro. Como muy bien dice Culioli, «Ya nadie aquí comprende nada». Y el mismo analista precisa ese hondo malestar: «Córcega se siente sucia, y acaba por no soportarse a sí misma (29).

La ventaja para Francia es que Córcega navega en ese mar de las reflexiones que es el Mediterráneo, liberando al Hexágono de su explosivo contacto. Pero es una muy frágil apariencia: los gestores del terrorista FLNC vuelven a estudiar la posibilidad de llevar a cabo atentados «en suelo enemigo» y con esta brutal divisa: «300 gramos de explosivo en el continente tienen mucho más efecto que 300 kilos en Córcega» (30). Bombardera de su apoyo continental, y bombardera de sí misma, Córcega, con sus guerras íntimas y sus amenazas bélicas hacia la política parisina, flota a la deriva, pero Francia no la quiere dejar irse. Y el caso es que tampoco los corsos quieren ser náufragos de esa medusa nacionalista que les guía, caníbal de la razón.

En España, la llegada al poder del Partido Popular, en alianza con Convergència i Unió, ha aminorado los conflictos secesionistas, pues un factor decisivo ha sido la adhesión a esa coalición gubernamental del Partido Nacionalista Vasco. De la cogobernabilidad del Estado debe brotar una práctica honesta del entendimiento de esa estructura y la necesidad, pactada, de su posterior reforma. En los referentes exteriores, fue de gran importancia analítica, la derrota, por segunda vez, del partido de la secesión en Quebec. Tal hecho se

---

(27) En 1990, el FLNC se escindió en tres facciones: el canal histórico —orientado hacia la lucha armada—; el FLNC canal ideológico —contrario a la violencia directa pero no a la rebelión social—, y *Resistenza*, especie de puente entre ambas acciones. El FLNC dispone de una subasociación, la peligrosa *A Cuncolta Nacionalista*, como escaparate «legal» de sus actividades terroristas. Las afinidades entre *Cuncolta* y el FLNC son prácticamente iguales a las existentes entre ETA, HB y las juventudes airadas de Jarrai. A la agresiva *A Cuncolta* le salió un peligroso rival, el Movimiento por la Autodeterminación (MPA). *Le Monde*, edición del jueves 29 de agosto de 1996.

(28) *Ibidem*.

(29) CUCIOLI, Gabriel Xavier. «Peurs et fascinations corses», en *Le Monde Diplomatique*, número 510, septiembre de 1996.

(30) *Le Monde*, 29 de agosto de 1996.

produjo en el referéndum del 31 de octubre de 1995, bien que esa victoria de la concordancia lo fuera por el estrecho margen de 53.000 votos (50,6% de unionistas frente al 49,4% de separatistas).

Si el triángulo político Vitoria-Madrid-Barcelona se consolidase aún más, su efecto desintegrador sobre la criminalidad etarra sería decisivo. Y en cuanto a la integridad futura de España o en su capacidad de resistencia ante el cerco terrorista, conviene decir que ese resistir tiene asegurado su pleno éxito si se apoya en la Constitución y extiende su halo movilizador a la emoción popular, firmes todos en respetar la Justicia y las libertades. Los españoles han dado toda una lección de coraje y de firmeza resistente contra el terror. España es y será indestructible cuanto más democrática sea y más respete al Derecho y haga que éste sea respetado. La sagaz sentencia de John Elliot, gran historiador del periodo habsbúrgico y Premio Príncipe de Asturias en 1996, es tan significativa como contundente: «España sobrevivirá, porque ya no se basa en una coherencia nacional autoritaria» (31).

En Italia, la conmoción por las tesis —y prácticas— secesionistas del líder de la Liga Norte, Umberto Bossi, pasa de lo sorprendente a lo esperpéntico. La idea —por llamarla de alguna forma— del ofensivo Bossi —personaje que ha insultado en términos soeces a todos los políticos italianos contrarios o insensibles a sus ambiciones—, es independizar la mitad norte del país, teniendo al Piamonte —símbolo de la reunificación italiana entre 1848 y 1870—, como centro de su dictadura regionalista, lo cual de por sí es un agravio histórico y electoral, pues sólo controla el 10% de los votos italianos. A su arbitrario proyecto le ha puesto el nombre de Padana, la antigua señal (también Paniura) que identificaba la región regada por el Po, río-matriz del Piamonte, la Lombardía, el Véneto y la Emilia-Romaña (50.000 kilómetros cuadrados y 17.000.000 de habitantes), área donde espera reinar como un condotiero de la política. Y sin duda alguna que lo es. Su «proclamación de la independencia» (domingo 15 de septiembre) resultó ser tan grotesca como inquietante.

Bossi es un revanchista y un vengativo recalcitrante. Nadie sabe qué ultrajes han podido causarle «los romanos» y «los napolitanos», pueblos políticos a los que odia el caudillo piamontés sin freno ni medida. Está en la tradicional imagen cinematográfica que divide Italia, el industrioso Norte alimenta al indolente Sur, pero de esa filmografía política no puede hacerse una teoría institucional, aunque sí un anatema. No menos cierto es que el centralismo romano fue tan nocivo para la sociedad italiana como lo fue el habsbúrgico para la España moderna, sólo que el primero es recientísimo, so pena que Bossi mezcle la Roma imperial con la papal, que ya sería un disparate, menos para su estilo demagógico y provocador. Sólo 10.000 adictos se reunieron alrededor de Bossi en ese tardío carnaval suyo en Venecia donde vertió agua de los manantiales del Po sobre una ciudad inundada de aburrimientos. El nuevo primer ministro, Romano Prodi, parece ignorar las demencias de Bossi, que ya proclamó la secesión el pasado 12 de mayo, pero esa política de impasibilidades no es ninguna solución.

---

(31) Declaraciones de John Elliott al diario *El país*, edición del viernes 1 de mayo de 1996.

### *Los otros choques nacionalistas: de Bosnia a Turquía*

En tierras de lo que fuera Yugoslavia, al final se ha impuesto la potencia rectora de Estados Unidos sin necesidad de que Europa se federalice en el sentido brezezinskiano. Los Acuerdos de Dayton, a primeros de año, con todo lo incompletos que se quieran, han detenido la matanza, y desvelado, meses después, la horrenda realidad de lo sucedido. A lo largo del verano fueron apareciendo las fosas comunes, esos cementerios sin cruces ni estelas, recintos del horror exhumados en Gorazde, Tula o Srebrenica. Los campos bosnios y croatas son un espanto. Esas estremecedoras infamias no pueden quedar impunes, como dice Roethlisberger, vicepresidente de la Cruz Roja en Ginebra (32).

Y subyace el temor a que la fatal secuencia se repita en cuanto concluya la retirada de los efectivos euroamericanos (prevista para 1997). Es ese temible sentido diluviano que profetiza Garde (33), pero que creemos no será nada fácil de consentir: la OTAN no puede abandonar suelo bosnio tan desahogadamente. Sus expectativas caminan hacia una repetición —en escala diferente de magnitudes, no en lo moral— de lo que hacen los contingentes de Naciones Unidas en Chipre o Líbano.

La intervención de la OTAN, lentísima pero al fin decidida, sólo tuvo posibilidades de resolución cuando la ofensiva croata sobre la rebelde Krajina se lanzó y al fin venció en una espectacular guerra relámpago (4-7 agosto de 1995). Luego, los 60.000 efectivos de la Fuerza de Aplicación de los Acuerdos de Paz (IFOR), pudieron desplegarse y acabar con el cerco de Sarajevo y el de otros enclaves bosnios. En esas acciones, y en todas las que ha mantenido sobre el territorio de Bosnia-Herzegovina desde finales del año 1992, las fuerzas españolas —un promedio de 1.100 a 1.700 efectivos según periodos y unidades— ha sido tan ejemplar como resolutiva —sobre todo en Mostar, capital de Herzegovina— y ha merecido las alabanzas generales.

Pendiente de cómo encarar la evacuación del grueso de IFOR —su reducción a 20.000 soldados—, subsiste otra crisis: hasta dónde llegar con el penitente asunto de los criminales de guerra. En este caso hay que decir que se debe llegar hasta el final, entendiéndolo por esto la apertura del juicio, con todos los requisitos procedimentales que se quiera, a quienes mataron y violaron la dignidad del hombre en Bosnia y Croacia. Sin ejemplaridad en el castigo a estos ejecutores de la razón humana, nada hay a salvo en terreno tan propicio al asesinato político, al desastre social y a la repetición de lo fratricida como son los Balcanes.

El conflicto entre Grecia y Turquía es un combate rítmico, un agredirse de dos contendientes sobre un inestable cuadrilátero estratégico —todo el marco del Egeo, desde Chipre a los Dardanelos—, en el que los púgiles de esta política de golpes y fintas golpeadoras —más de lo segundo que de lo primero—, mantienen en vilo a la OTAN y sumergen la estabilidad oriental del Mediterráneo. Qué duda cabe que, si no fuera por los brazos alzados de la Alianza Atlántica, griegos y turcos, faltos de ese paciente árbitro, habrían ya vivido su cuarta y hasta su quinta guerra contemporáneas tras los choques de los años 1912, 1920 y 1970.

(32) ROETHSLISBERGER, Eric. «Les nouveaux génocides» en *Défense Nationale*, abril de 1996, pp. 117-26.

(33) GARDE, Pual. «Après Dayton, le déluge?», en *Politique Internationale*, número 72, verano de 1996, pp. 145-166.

Turquía mantiene semicerrada otra crisis con uno de sus vecinos más conflictivo: Bulgaria. La causa es la importante minoría turca residente en el área de Kardzali, en el Sur —fronteriza con Grecia y Turquía—, donde se concentra la mayoría de los 560.000 turco-búlgaros, el 8% del total de la población. Es ésta una crisis «enfriada» por los Gobiernos de Ankara y Sofía con independencia de las ideologías que accedan al poder, lo cual es una muy acertada política. Sin embargo, podría activarse si Turquía girase con energía hacia el integrismo islámico y algunos asesores temerarios en Ankara aconsejasen la utilización de esa masa étnico-religiosa como cabeza de puente turcófona hacia otras naciones musulmanas: Albania y Bosnia, sin olvidar Macedonia. Conviene recordar que en Europa hay 8.000.000 de musulmanes, de los que unos 6.000.000 se concentran en Albania y Bosnia.

Grecia sigue empeñada en su política sin amigos. Ese empecinamiento no conduce a nada, excepto a reforzar inviables parapetos estratégicos (34). Mientras tanto, Turquía se mueve. Y en un sorprendente sentido galileano de la política. El nuevo Gobierno del integrista Necbattim Erbakan —en coalición con los conservadores de la resistente Tansu Çiller—, dio un golpe de efecto el pasado 12 de agosto, al firmar con el Irán de Jamenei y Rafsanjani una espectacular operación de compra-venta de 3.000 millones de metros cúbicos de gas natural, ampliables a 10.000 millones en el año 2005. Con este audaz pacto, dos enemigos seculares se abrazan, aunque sea por mero interés económico. Turquía asegura sus espaldas estratégicas orientales y alivia sus movilizaciones en el área caucásica, donde mantenía un duelo áspero como pocos con Irán, y de la que puede recibir sugestivas —y sangrientas— comprensiones en su agobiante conflicto con la minoría kurda. Si Ankara se preocupa por los 12.000.000 de kurdos que habitan en su suelo, Teherán no tiene menos preocupaciones con los más de 4.000.000 de gentes kurdas que la geohistoria le entregó en complicada herencia.

La independencia de criterio de Erbakan, harto, como tantos turcos, por los desdenes de la UE —siendo Turquía el asociado más antiguo (1963) a esa distante Europa comunitaria—, es un serio aviso orientado en cuatro direcciones: al Norte, sobre Moscú; al Sur, contra Damasco y Bagdad; por el Oeste, hacia Atenas y Serbia, y en prolongación, hasta Washington; y por el Este, frente a Armenia —tenaz en su conflicto con Azerbaiyán por el Nagorni Karabaj—, llegando, incluso, a la India. Sobre esas influencias se yergue una amenaza desintegradora: las acciones de sabotaje que pueden llevar a cabo los guerrilleros del Partido de los Trabajadores del Kurdistan (PKK), interrumpiendo la circulación gasística proveniente de Irán o de las gasolineras y gasóleos que tienen en Azerbaiyán y Kazajstán sus focos de lanzamiento. Turquía, que mantiene 130.000 hombres desplegados frente a los efectivos del PKK (unos 10.000), debe resolver este durísimo contencioso si no quiere arruinar sus expectativas de gran potencia líder del moderno islamismo (35).

Si este convenio turco-iraní se consolidase, quedaría alzado un formidable referente para todo el panislamismo. Es ahí donde el audaz proyecto intelectual de una parte de su clase

---

(34) CHICLET, Christophe. «Grèce: l'enfant terrible de L'Europe», en *Politique Internationale*, número 68, verano de 1995, pp. 231-239.

(35) BARKEY, Henri. La question kurde. La lutte armée du PKK. y VANER Semith. «Une situation géopolitique nouvelle. La Turquie sur l'échiquier international», en *Problèmes politiques et sociaux*, número 757, noviembre de 1996, pp. 31-38 y 61-65.



política, consistente en constituir una impresionante Federación de Poderes Islámicos —Afganistán, Azerbaiyán, Irán, Kazajstán, Kirguizistán, Pakistán, Tayikistán, Turkmenistán, Turquía y Uzbekistán—, tendría características de revolución geohistórica. Nacería así un mastodonte —sólo Kazajstán es tan grande como Europa— que podría autoabastecerse en sus materias primas, mantener una circulación autónoma de intereses, dotado de fuerza para succionar (avasallar) el golfo Pérsico y Arabia, que extendería sus influencias o tentáculos (según diferentes gustos o miedos) a los países del Nilo y el Magreb, y capacitado para crear una oposición geoestratégica a Estados Unidos y sus aliados. Si así fuera —hipótesis no utópica, pero de laboriosa gestación—, habría tenido razón Huntington en su teoría del choque de las civilizaciones, abriendo una verdadera lucha «por un nuevo orden mundial». Nosotros estimamos que esa multinación islámica es, hoy por hoy, inviable: falta un programa conjuntivo, falta un líder creativo y falta un Estado-guía (36).

### *El arco de la inseguridad: de Moldavia a Chechenia*

Los Cárpatos son la tercera de las grandes mesas geoestratégicas meridionales de Europa, y, como las otras —Balcanes y Cáucaso—, siempre en posición inestable. En esa geopolítica crítica, Moldavia mantiene una compleja paz social, dada la composición de sus minorías: los 710.000 rusófonos del Transdníester —el 16% de la población, en la orilla oriental del Dniéster—, y los 155.000 gagauzos-cristianos de origen turco, que suponen un 3,5% de la población. Las gentes del Transdníester tienen reconocido el derecho a dotarse de órganos ejecutivos y de una Asamblea Legislativa, así como el de secesión en caso de reunificación de Moldavia con Rumania, pues el país moldavo es una de las partes históricas integrantes de la rumanidad desde su conjunción con la Valaquia en los años 1861-1866.

Fluctuante entre la órbita de Moscú y la de Kiev, los Gobiernos de Chisinau mantenían en su frente dos lanzas cruzadas: por un lado los rusófonos, y por el otro, la presencia del XIV Ejército ruso, que, si en un principio protegía a aquéllos, en realidad impedía que toda Moldavia saltase por los aires en una sucesión de guerras civiles. El jefe de aquel Ejército era el general Alexandr Lébed, entonces considerado el delfín del presidente Yeltsin. Turquía comenzó a mover sus peones, y logró establecerse como fuerza mediadora entre los moldavos centralistas, los pueblos del Transdníester y los gagauzos, también inquietos por esta sismología geomilitar.

Sin embargo, Moscú y Chisinau sellaron un pacto por medio del cual las fuerzas rusas se retirarían en tres años. Alarmados los rusófonos, votaron en contra de esa evacuación —93% de los votos emitidos en el referéndum del 26 marzo de 1995—, quedando las cosas como estaban. El presidente búlgaro, Andrei Shingheli, decidió volverse hacia Europa sin romper la asociación con Rusia —adhesión a la Comunidad de Estados Independientes (CEI) en abril de 1994— pero si del Oeste llegaba un principio de acuerdo para ingresar en la «Asociación para la Paz», de ayudas nada llegaba. Y para sorpresa de muchos esa asistencia técnica —y bastantes inversiones— vinieron de Turquía —en la etapa del Gobierno Çiller—, que hizo valer sus derechos como eficaz poder mediador.

---

(36) HUNTINGTON, Samuel P. «Le choc des civilisations?», en *Commentaire*, volumen 18, número 66, verano de 1994, pp. 238-252.

Rusia, fragmentada en 1991, ha ingresado en una nueva fase explosiva en 1996. Todavía no somos conscientes del alcance de esta deflagración porque la política y las sociedades parecen incapacitadas, por estadística histórica, a percibir con nitidez lo que sucede en su difícil presente. Frente a Ucrania, la crisis tiene tres elementos: uno territorial, la posesión de Crimea —cedida por Krushev (que era ucranio) en 1954, coincidente con el debilitamiento de la figura de Malenkov—, región de mayoría rusa; otro militar, el dominio de los restos de la que fuera poderosa V *Eskadra* soviética, con base en Sebastopol (sur de Crimea), y el último, emotivo y geoestratégico, condensados en la evidencia de que, al hacerse independiente el Estado ucraniano, Rusia desató no sólo el simbólico lazo sujeto con firmeza desde 1659 —fecha en la que la nación ucraniana es absorbida por el Estado ruso—, sino que pierde sus mejores salidas naturales al mar Negro y el Bósforo, y extravía la totalidad de sus posibilidades mediterráneas. Excesivo para un poder geohistórico como el ruso, hoy derrumbado, aunque ni mucho menos muerto.

Yeltsin y el nuevo presidente de Ucrania, Leonid Kutchma, han decidido autocontenerse en sus mutuas reclamaciones. El primero, embarcado en el gravísimo problema de Chechenia, bastante ha hecho con mantenerse en el poder —luchando con su enfermedad cardíaca y su propia incompetencia como estadista—, y el segundo, con su país sometido a una tasa de desempleo del 20-21%, y arrastrando una pérdida del 40-43% del PIB (entre 1990 y 1993), lesión gravísima que la economía ucraniana no ha logrado todavía sanar, buscan fórmulas de integración energética y financiera, evitando las alianzas exteriores más comprometidas. Cuesta creer que Moscú tolere a Kiev su ingreso en la OTAN, y no menos complicado es admitir que los ucranios no den ese paso si el nacionalismo ruso sigue fortaleciéndose: la Duma, el Parlamento ruso, votó por mayoría, el viernes 15 de marzo de 1996, la invalidez de la disolución de la URSS decretada en diciembre de 1991 por el propio Yeltsin. Y Ziugánov, el nuevo líder opositor ruso pese a haber perdido las elecciones presidenciales, dice querer «reconstruir» el Estado soviético.

La solución pasaría por la adhesión a la Alianza Atlántica de todo el bloque panruso, pero esa opción —la más racional, la que el Occidente de Eisenhower y Macmillan desaprovechó en 1954 ante el sovetismo moderado de Malenkov, y la que debería haberse utilizado en los tiempos finales de Gorbachov—, es ahora inviable, dado que en Bruselas y Washington se entiende como un desatino el recibir a unos socios que aportan cero contribuciones económicas y, en cambio, arrastran consigo una monumental geometría de conflictos, unos abiertos y otros soterrados.

Vista como está su situación en el Cáucaso, el único salvavidas estratégico al que se agarra Rusia es Georgia, país donde la intervención yeltsinista —unos 4.000 hombres— al menos ha evitado el desplome del poder semidemocrático en Tbilisi, en donde el presidente Shevardnadze se sostiene (desde 1992), frente a una frenética secuencia de atentados que acaban con sus asesores y aliados, y que él mismo ha padecido, escapando con vida de puro milagro (29 agosto del año 1995). Es éste un terreno sumamente inestable, con el país dividido entre mafias, clanes y bandas armadas que campan por sus respetos, con el problema ofensivo de la rebelde Abjazia en gravitación de bancarrotas para el país, y bajo persecuciones infames, pues 200.000 georgianos padecen técnicas de «limpieza étnica» por los insumisos abjazios.

En lo que consideramos el Rif ruso —Chechenia, aún en tantos conceptos a su homónimo normarroquí—, la política yeltsinista ha fracasado, y su Ejército padeció una humillación

similar a la de la España alfonsina en Annual. Toda una segunda potencia militar mundial ha sido incapaz de mantener el control de Grozny, cuya pérdida, reconquista y definitiva pérdida le ha supuesto miles de bajas que, sumadas a las anteriores —puede que 20.000 o más— acumuladas en cuatro años de guerra, demuestran la impotencia del que antes fuera orgulloso Ejército Rojo.

Las fuerzas rusas son hoy una penosa caricatura, y sólo podrían combatir, con posibilidades de éxito, a las divisiones iraquíes, otra maquinaria militar de pura farsa, avergonzada en febrero del año 1991 del año nuevo en septiembre de 1996, por Estados Unidos, Rusia e Irak mantienen en pie antiguas nostalgias, simples ilusiones muertas de lo que hubiera podido ser ese funesto eje Moscú-Bagdad que Gorbachov, afortunadamente, desechó, en contra de la opinión de Grimakov, hoy ministro de Asuntos Exteriores. El polvorín iraquí, donde la Agencia Central de Inteligencia (CIA) ha cosechado una nueva tanda de reveses —la invasión del norte kurdo por los Ejércitos de Saddam parecía estar motivada por anular un golpe militar dirigido contra él por la facción kurda de la Unión Patriótica del Kurdistan (UPK), dirigida por Jalal Talabani y de paradójica actitud-proiraní y con apoyo estadounidense (37)—, sigue activado.

En la destrozada Chechenia, Rusia acabó por destruir el escaso prestigio político que mantenía en el Cáucaso y, de rebote, agrandado aún más el desaliento de su Ejército. La firma, por el general Lébed —nombrado por el presidente Yeltsin máximo responsable del Consejo de Seguridad (órgano que controla los Ministerios de Defensa, Seguridad e Interior), y, asimismo, su representante plenipotenciario en la república rebelde— y el jefe del Estado Mayor checheno, Aslán Masjádov (Grozny, 30 de agosto de 1996), que sellaba el inicio del repliegue del Ejército ruso, supone algo así como si Berenguer hubiese capitulado ante Abd el-Krim en agosto de 1921, después de la matanza de monte Arruit y luego de haber perdido definitivamente la plaza de Melilla.

Lisa y llanamente, el pacto Lébed-Masjádov es sólo el disfraz de una rendición ante los hechos. Que sea estratégica y no militar *sensu stricto* no aminora su demoledor efecto, puesto que los rusos se ven obligados a retirarse de la capital y también del país, que declaró su independencia en diciembre de 1991. Y aunque está por ver que lo cumplan, ni qué decir tiene que tal acto de claudicación ha conmovido los cimientos emocionales de la oficialidad y la política rusas.

Parece complicado en extremo que Moscú cumpla su parte del convenio, y no sólo por las malas artes de Yeltsin, quien, como corresponde a su naturaleza se ha apresurado a decir que «el general Lébed se ha extralimitado en sus funciones» (38), sino por el rechazo a esa idea por parte del Parlamento y el Ejército. Cuando lo que ha hecho Lébed es admitir no la imposibilidad de continuar la lucha, sino interrumpir, valientemente, el pavoroso cómputo de vidas humanas y desestabilizaciones políticas que ese conflicto acarrea a

---

(37) Según SMITH, Jeffrey. «CIA Abandoned Kurd Clients During Iraqi Incursion», en *International Herald Tribune*, edición del lunes 9 de septiembre de 1996. La acción iraquí sobre la ciudad kurda de Arbil (28-30 de agosto), se saldó con, al menos que se sepa, la ejecución de un centenar de kurdos implicados en esa conspiración antibaazista. Estados Unidos replicó días después lanzando sucesivos ataques misilísticos (1 y 4 de septiembre).

(38) *Le Monde* edición del 1-2 de septiembre de 1996.

su patria. Una guerra que ha costado «más de 80.000 muertos» en palabras del propio Lébed a su regreso a Moscú, y donde el general conoce ahora una popularidad sin precedentes: 75% de los rusos aprueban su decisión de reconocer el desastre nacional en el Cáucaso e impedir la prolongación del conflicto (39).

Una guerra que, en la mente de algunos jefes rusos, sólo podría liquidarse con el recurso al arma atómica, en sí misma otra enorme derrota para quien la utilizase. Y aunque queda aplazada —para diciembre del año 2001— la decisión de convocar un referéndum donde los chechenos decidirían o no la confirmación de su independencia, puede que ese horizonte para la brava Chechenia llegue antes de lo que muchos imaginan. De la misma manera puede retrasarse. Pero si así fuera, prolongaría la revuelta social en Rusia y haría del Kremlin un cuartel zarista.

Rusia tiene desplegados en Chechenia unos 100.000 hombres, y tendría que duplicar ese número como mínimo para tener plenas garantías de asfixiar a los 9.000-10.000 guerrilleros chechenos. La guerra la tiene hoy perdida, pero más perdida está su suerte como vieja potencia colonial ocupante —los Ejércitos zaristas tomaron la ciudadela de Grozny el 22 de junio de 1819. Han pasado casi dos siglos y todo vuelve a empezar. La guerra podría durar «los próximos quince años» según las expectativas que maneja otro notable militar y político (40), el general Rutsкои, antiguo vicepresidente con Yeltsin y enemigo furibundo de éste, pero lo que está asegurada es la independencia de Chechenia. Sólo falta por saber el cómputo final en daños humanos, porque los materiales son recuperables y los geopolíticos, incontables.

Rusia, y con ella el mundo, tiene pendientes dos problemas vitales: mantener o no la unidad heredada del zarismo y el estalinismo, y qué hacer con esas partes nacionales —en su mayoría, Estados libres ocupados por la fuerza o territorios vírgenes de toda ocupación militar—, que fueron esencia de su antiguo ser, y que ahora rodean todas sus fronteras, menos por el ámbito ártico. Aquí yace un gran peligro, que es ese carácter misionero de Rusia que define Moreau Defarges: «... la santa Rusia, la tercera Roma, la Jerusalén del marxismo-leninismo» (41). Aunque Moreau no ofrece una salida a esa tríada de simbolismos, resulta evidente que Rusia, si quiere salvarse y salvar la paz del Mundo, debe olvidarse de tanta santidad historicista y practicar una sencillez gobernante de sus asuntos.

#### *Resumen de conflictos nacionalistas: los países-desfiladero*

El constante batallar de una nación consigo misma, como sucede en Rusia, adquiere características geomorfológicas: son masas de un todo inicial que se acosan y se alejan, que se comprimen con violencia, se separan de manera imprevista y luego vuelven a embestirse con efectos devastadores. Desfiladeros y glaciares son lo más parecido a esas naciones sometidas a violentas y continuas mutilaciones. De esos choques de ideas e

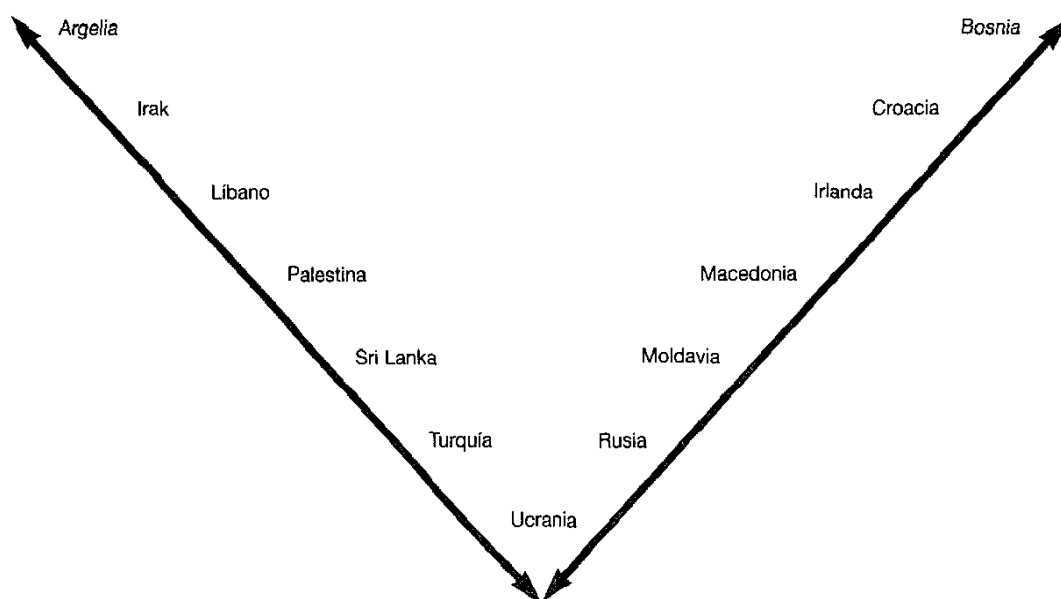
---

(39) *Le Monde*, edición del jueves 2 de septiembre de 1996.

(40) BRANDY, Charles. «The Battle for Grozny», en *Jane's Intelligence Review*, volumen 7, número 2, febrero de 1995, pp. 53-56.

(41) MOREAU DEFARGES, Philippe. «La Russie, un État comme les autres?», en *Défense Nationale*, agosto-septiembre de 1996, p. 114.

**Cuadro 2.- Países-desfiladero tipo.**



intereses no queda más que una multidivisión de sus energías, una grave pérdida de trascendencia y de creatividad. Las formas políticas resultantes de ese combate formidable *ni integran nada ni son capaces de tolerar integración alguna*, cuadro 2.

A esos Estados, que denomino «países-desfiladero», les corresponde un desconcierto histórico permanente, en un futuro hosco y estéril. Bosnia, Irak, Rusia, Sri Lanka (la antigua Ceilán) y Turquía son ejemplos de países-desfiladero tipo: «fortísimos movimientos nacionalistas internos; enfrentamientos ideológicos que han accedido ya a la categorización de choques armados regulares; suspensión de garantías constitucionales y de cualquier atención (respeto) a la Justicia o al ordenamiento de las leyes de la guerra; y mantenimiento paradójico de un estado de guerra civil sin tregua, pero al que no se le reconoce su *status* de conflicto» (42). Otros Estados no han llegado a ese nivel de enfrentamientos —Macedonia, Moldavia y Ucrania—, pero sus sociedades están fracturadas, o sobreviven entre el terror antigubernamental y el militarismo en el poder, como sucede en Argelia y Sudán. Son países que se autoagreden, que viven en permanente duda, que discuten sobre su ser hasta la agonía.

En la Europa Occidental, donde parece subsistir el mayor número de Estados-Nación que no se discuten a sí mismos, al final constatamos que esa dimensión es mucho más limitada de lo que imaginábamos. Aparte del bloque nórdico extendido hasta Holanda, sólo quedan libres de tensiones nacionalistas, ya sean internas o externas, Luxemburgo, Portugal y

(42) PANDO DESPIERTO, Juan. «Los países desfiladero», en *Heraldo de Aragón*, edición del domingo 28 de julio de 1996.

Suiza. El conjunto británico-irlandés sigue conmovido por la viejísima crisis del Ulster; Bélgica se encuentra dividida, *de facto*, en dos Estados; Italia afronta una crisis secesionista en otras dos mitades ideológicas —con independencia de la escasa viabilidad del empeño separatista de Bossi—, Francia mantiene abierta su herida corsa —y en Bretaña y en su País Vasco sureño se agitan otras fuerzas agresoras contra su unidad—; finalmente, España padece una doble amenaza rupturista al este y al oeste (Euskadi y Cataluña) de su línea pirenaica, y Alemania no tiene aún resuelto el problema de los sudetes en Chequia, con haber sido ésta una de las causas motrices de la Segunda Guerra Mundial.

Nacionalismos identitarios siempre habrá en Europa, continente multinacional, pero lo que no debe haber en su seno es ese permanente guerrear por los derechos de unos sobre otros. En la prevención inteligente de algunas políticas ante las evidencias aquí mencionadas, esperamos que subsista la prudencia de no aumentar más el escalafón de los países desfiladero.

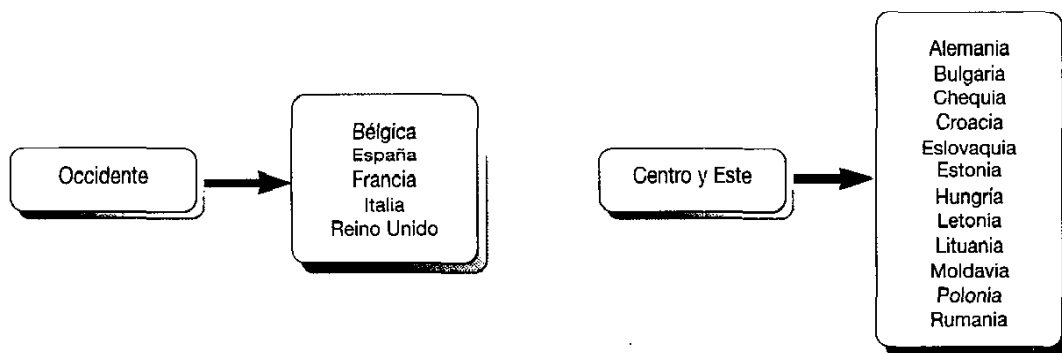
### Corrientes humanas y geopolítica de las religiones

La parte occidental de Europa ha sido considerada como tradicional tierra de asilo para todo tipo de refugiados, ya sean políticos o económicos. Las sociedades democráticas recibieron ambas energías, que, en determinados momentos, adquirieron aspecto de torrenteras de hombres e ideas: la migración española hacia Francia en las tres guerras carlistas o en el duro episodio de 1936-1939; corriente de impresionantes alcances fue la protagonizada por más de 7.000.000 de alemanes en marzo-abril de 1945, en su desesperada huida hacia el Oeste.

#### *La fortaleza Europa desbordada por los torrentes sociales*

En los años sesenta y setenta, la emigración tuvo un común origen y un mismo destino bajo otras vestiduras: la Europa del Sur se puso a trabajar como asistente de la del Norte. Cientos de miles de italianos, portugueses y españoles participaron en esa oleada de esfuerzos que fue retornando a sus lugares de origen en los años ochenta, y en un final coincidente con la crisis financiera y social que sacudió la Europa de los años 1992-1993.

**Cuadro 3.— Países europeos con problemas nacionalistas internos o externos.**



Mientras las corrientes intraeuropeas acababan, proseguían los aportes intercontinentales, centrados en tres procedencias básicas: los países del Magreb, los del mundo eslavo y el eje turco-egipcio. Las llegadas fueron espectaculares, pues en 20 años (de 1974 a 1993), masas formidables de marginados (familiares, culturales e institucionales) desembarcaron en «la fábrica Europa», donde coparon los empleos considerados peligrosos o «sin interés». El múltiple torrente consolidó cuatro grandes poblaciones foráneas: 1.450.000 turcos en Alemania, 1.100.000 magrebíes en Francia, otros 300.000 en el triángulo Holanda-Benelux-Suiza, más unos 100.000 libano-jordano-egipcios, y 750.000 yugoslavos insertados en las mismas zonas, ampliadas a Italia y Hungría. Gentes sin futuro social en sus tierras originarias, dominadas por clanes familiares y rígidos sistemas autocráticos. La excepción la componían los casi 800.000 portugueses, repartidos en las mismas áreas señaladas.

La emigración norteafricana desembocó con fuerza en países de limitada acogida, caso de Holanda, donde se han amontonado 130.000 emigrantes marroquíes, la mayoría rifeño-yebalíes (43). En España, su número debe ser sensiblemente igual (44), pese a tener un 60% más de población y un territorio doce veces mayor, cuadro 3.

La ilegalidad es el carné de identidad de estos nuevos y tenaces galeotes. Si en España su número puede estar entre los 60.000-75.000 (sólo para los marroquíes); en Italia pasan de 350.000 (de diversas nacionalidades y en especial, las de origen balcánico), siendo 991.000 los emigrantes regularizados. Ante estos acosos, los números del despido se disparan: no menos de 5.000 emigrantes clandestinos fueron expulsados, en rápidas tandas, de Gran Bretaña en 1995, y otras 70.000 solicitudes de legalidad han sido rechazadas, encontrándose sus titulares pendientes de una expulsión más o menos expeditiva de tierra inglesa. En Alemania, más de 60.000 personas son llevadas a la frontera cada año, tras haber creído encontrar la solución a sus angustias en suelo germánico (45). Según estimaciones actuales, el nivel de ilegalidad en la construcción, sector clave del desarrollo europeo, alcanza cifras de vértigo: 500.000 emigrantes. Y esa masa produce cuantiosos beneficios de muy difícil cuantificación y persecución fiscal. Sólo en Italia los rendimientos de lo que Overbeek denomina «sector informal» (economía sumergida), alcanzan el 20% del PIB (46).

Con estas cifras tal vez comprendamos mejor el suceso ocurrido en España el pasado 24-25 de junio, cuando 103 emigrantes ilegales, todos de origen africano, fueron expulsados de Melilla y luego reexpedidos desde la Península, por vía aérea, a sus lugares de origen, en una decisión gubernamental tan criticada como no repetible dadas las características con que fue llevada a cabo.

(43) KADDOURI, Abdelmajid; HEINEMEIJER, W. F. y otros. *Le Maroc et la Hollande. Etudes sur l'histoire, la migration, la linguistique et la sémiologie de la culture*, Université Mohammed V, Rabat, Imprimerie Najah el Jadida, 1988, pp. 93-149. En 1986, los emigrantes marroquíes en Holanda eran ya 106.000. Ese número ha conocido un crecimiento reducido pero constante.

(44) SEHIMI, Mustafá. «Las relaciones hispano-marroquíes», en *Política Exterior*, número 49, volumen X, enero-febrero 1996, p. 113. El autor aporta la cifra de «100.000 residentes», de los cuales la mitad tendrían regularizada su situación. Pero nuestras estimaciones de ilegales hacen aumentar esa cifra en un 20-25%.

(45) *Le Monde*, edición del viernes 23 de agosto de 1996.

(46) OVERBEEK, Henk. «L'Europe en quête d'une politique de migration: les contraintes de la mondialisation et de la restructuration des marchés de travail», en *Études internationales*, volumen XXVII, número 1, marzo de 1996, pp. 53-80.

Poco después, Francia conocía un suceso similar. El 23 de agosto, fuertes contingentes policiales desalojaban a 300 emigrantes clandestinos, también africanos, refugiados en la iglesia de Saint Bernard, en el popular barrio parisiense de la Goutte D'Or (Montmartre). El desalojo fue por la fuerza, produciéndose numerosos heridos. Seis días más tarde despegaban dos aviones de la base militar de Evreux, con los primeros 88 emigrantes del mismo grupo originario, y con destino a Túnez, Malí, Senegal y Zaire. Acciones todas, ellas que dieron lugar a amplios movimientos de protesta en el país vecino (47). Sami Nair llegó a decir que «desde los tiempos de Vichy (el régimen del mariscal Pétain entre 1940 y 1944), no se había visto tal inquina contra los emigrantes y extranjeros» (48).

### *Norte inaccesible y Sur indesmayable: cercos y defensas*

Aunque el artículo 8 del Acta Única Europea estipula que debe favorecerse «la libre circulación de las personas, de las mercancías, de los servicios y de los capitales», todo indica que los dos últimos factores se cumplen, que el tercero es relativo —recordemos los numerosos incidentes que surgen con los productos españoles en las autopistas y ciudades francesas—, y que el primero es una rareza o una imposibilidad manifiesta cuando se trata de emigrantes. Y si decimos rareza es por el fallido Acuerdo de Schengen de 1990 —en vigor el 26 de marzo de 1995 en los países signatarios del pacto: Alemania, España, Holanda, Italia, Luxemburgo y Portugal—, suspendido muy poco después por «desarreglos informáticos en el sistema de tramitación aduanera», según la excusa oficial. En realidad, se atendía una doble petición de Francia, temerosa del terrorismo islámico procedente de Argelia, unida al fuerte recelo por el tráfico de drogas procedente de la permisiva Holanda hacia el Hexágono, situaciones ambas tan comprensibles como lesivas del espíritu del Tratado.

Europa se fortifica ante lo que Bigo denomina «migraciones incontrolables», instaurando así «un campo de seguridad interior» (49), pero de escasa efectividad ante los atacantes de esa seguridad. En España ya vemos cómo van las cosas: pese a los esfuerzos denodados —y ejemplares— de la Guardia Civil del Mar y de otros Cuerpos, la avalancha de las pateras africanas es tan constante —en primavera y verano— como incontenible. A eso se añade el tráfico ilegal de emigrantes a través de pesqueros. El resultado es un coladero marítimo. Y España es la línea avanzada de ese Norte supuestamente inaccesible. Sólo en el mes de agosto, y en la fachada andaluza, se detuvo a 1.700 emigrantes magrebíes ilegales, todos supervivientes de una arriesgadísima travesía en las célebres —y mortales— pateras (50). Cabe imaginar que un 10-15% tal vez lograron pasar, y no pocos morir. Haría falta movilizar 20.000 efectivos, alistar un centenar de embarcaciones, y reunir 35-40 helicópteros y aviones para cerrar el inmenso boquete que es hoy nuestro litoral mediterráneo.

Los europeos de Schengen hemos establecido barreras generales —una lista de 110 países en el que sus nacionales deben estar provistos de visados para acceder a la tierra

---

(47) *Le Monde*, ediciones del 24 y 30 de agosto de 1996.

(48) NAIR, Sami. Immigration: assez de mensonges!, en *Le Monde*, edición del martes 3 de septiembre de 1996.

(49) BIGO, Didier. *L'Europe des policiers et de la sécurité intérieure*, París. Éditions Complexe, 1992, p. 29.

(50) *El país*, edición del lunes 23 de septiembre de 1996.



prometida (Europa) y con estancias de corta duración (51)—, pero esas defensas ceden por todas partes. Y aunque el dinero de la todavía rica Europa fluye hacia sus fronteras para impedir esas entradas —Alemania prometió 120.000.000 de marcos a Polonia como «mejora» de sus controles aduaneros, y otros 30.000.000 a Rumania y 28.000.000 más a Bulgaria por los mismos motivos (52)—, lo cierto es que esos ejércitos de la necesidad se echan al mar o a las tierras y cruzan toda suerte de flotas alineadas o de temibles campos atrincherados. Es como esos antiguos ataques a la bayoneta, pendiente arriba, que se llevaban a cabo con una furia impresionante y sin importar las bajas: al final lograban alcanzar la trinchera enemiga. Con tal de que hubiera suficientes hombres convencidos de la razón de su sacrificio, esa carga era arrolladora, porque los muertos vencían también al facilitar la victoria de los supervivientes. Y en cuestiones migratorias, donde legiones no faltan, ese convencimiento es hoy gigantesco.

El acuerdo comunitario de junio de 1995, en Cannes, aprobó la creación de un fondo de ayuda de 6.100 millones de dólares para África del Norte, a petición expresa de Francia y España, tradicionales países-frontera. Y en la Conferencia de Barcelona, en noviembre siguiente, volvió a reafirmarse la necesidad de esa ayuda. Ahora bien, ¿ayudamos a los pueblos o sólo a los regímenes? Incluso más, ¿ayudamos a las sociedades o sólo a algunos señoríos feudales de una sociedad indefensa, circuitos del poder que a todos domina y a nadie rinde cuentas? Porque la corrupción institucional en esos destinatarios es elevadísima, y nuestros mecanismos de control son tan livianos como ineficaces. Entonces nos limitamos a abrir la mano y dejar caer unas monedas. Aunque sean muchas, el gesto es igual. Nuestra moral, y nuestra prudencia estratégica, se traducen en dar un dinero rápido, como si fuera una limosna, y seguir adelante. Tal vez así eliminamos no se sabe bien qué culpabilidad histórica. Puede que motivada por nuestro desastroso proceder colonial.

La emigración refuerza las actitudes xenófobas y esto es otra inevitabilidad. En España, país-isla en estos dificultosos menesteres socioculturales —la masa de africanos existente no llega ni a la cuarta parte de los acantonados en París (tres cuartos de millón o más)—, nuestra paz interior se rompería en cuanto se alcanzasen niveles parecidos. Imaginemos un Madrid o un Barcelona en el que un 15% de su población fuese de otro color y etnia. En el decimoctavo *arrondissement* (distrito) de París, la proporción de gentes extranjeras —en su mayoría africanas y «árabes» (del Próximo Oriente)—, ha pasado del 11% en el año 1963 al 35% en 1982, y en la actualidad es lícito suponer que supera ya el 40%, dado el enorme volumen de ilegales afincados (53).

Europa se enfrenta a una aminorada «explosión» demográfica externa, centrada en la fachada norteafricana y asimétrica en los mundos eslavos. Pero si ese carácter explosivo va a menos —todos los indicios apuntan a un paulatino descenso de las tasas de fecundidad magrebíes, que han pasado, en el caso de Argelia y Marruecos, del 6,1 y el 4,2, al 3,2 y al 2,4, respectivamente—, lo que no disminuye es el carácter de envejecimiento

(51) PERAS, Sylvie. «Droit d'asile et nouvel ordre mondial. Crispations sur la frontière. L'envers de la globalisation», en *Études Internationales*, volumen XXV, número 1, marzo 1994, p. 109.

(52) OVERBEEK, H., *op. cit.*, p. 73.

(53) MAURUS, Véronique. «La Goutte D'Or, ou l'anti-ghetto», en *Le Monde*, 3 de septiembre de 1996.

del occidente europeo, eso que Chesnais califica de «implosión» y que tiene en España su más preocupante nivel, con una tasa de 1,1 hijos por mujer, muy por debajo del baremo de regeneración intergeneracional (2,1). El porcentaje de la población europea sobre el total mundial ha rozado, en el año 1995, el 20%, y es muy dudoso que llegue a ser del 10% en el año 2030. Pero hay más, con mayor agudeza en Francia y progresiva aceleración en España, «paneles enteros del mercado de trabajo no pueden funcionar más que por el apoyo de la inmigración extranjera» (54). Esa dependencia laboral fuerza graves tensiones sociales, que, en el caso del lepenismo, se trasladan a una agresividad dialéctica que recibe peligrosos apoyos populistas y que habla de «la desigualdad evidente de las razas» y se lamenta, incluso, de «la inferioridad de la raza blanca en las Olimpiadas» (55).

Occidente envejece, y Europa encabeza esa ancianidad, que no es sólo física sino intelectual, y que puede acabar siendo indefensión estratégica. De nuevo Chesnais analiza con acierto el problema: las sociedades ancianas tienden a desentenderse de todo espíritu renovador y preventivo, empeñadas en «valorar más el pasado que el porvenir, tendentes a preferir la sumisión a la rebelión». Y el director de Investigaciones en el Instituto Nacional de Estudios Demográficos concluye tajante: «La Francia de 1940 es el arquetipo: entonces era la nación más envejecida del planeta; y ella fue derrotada por el invasor alemán» (56).

#### *Bases y expectativas en la crisis de continentes y pueblos.*

Según los trabajos de Widgren (57) y Overbeek, los movimientos migratorios hacia Europa mantienen una constante alcista desde 1985. La crisis refuerza lo que Howard define como

**Cuadro 4.- Masas de emigrantes en Europa Occidental.**

Movimientos	Años					
	1985	1987	1989	1991	1992	1995-1996
<i>Inmigrantes</i>						
Con derecho de residencia	650.000	760.000	1.080.000	1.020.000	1.240.000	¿1.300.000?
Con derecho constitucional a emigrar	50.000	101.000	392.000	239.000	252.000	¿200.000?
<i>Emigrantes</i>						
Cladestinos (estimaciones)	50.000	55.000	150.000	280.000	370.000	¿500.000?
Peticionarios de asilo	160.000	170.000	310.000	550.000	680.000	¿80.000?
Refugiados ex yugoslavos	-	-	-	42.000	370.000	¿1.110.000?
<b>TOTALES</b>	<b>910.000</b>	<b>1.028.000</b>	<b>1.932.000</b>	<b>2.131.000</b>	<b>2.912.000</b>	<b>¿3.910.000?</b>

Fuentes: Widgren-Overbeek y elaboración propia.

(54) CHESNAIS, Jean-Claude. «Démographie et stratégie: le crépuscule de l'Occident», en *Défense Nationale*, abril de 1996.

(55) *Le Monde*, edición del sábado 21 de septiembre de 1996.

(56) *Ibidem*, p. 71.

(57) WIDGREN, J. «Asylum Seekers in Europe in the Context of South-North Movements», en *International Migration Review*, volumen 23, 1989, p. 602.

desorden de las democracias, ámbito donde la quiebra de la cohesión social depende «cada vez menos del temor a una amenaza exterior». Es éste un espacio que tiende hacia un intensísimo regresionismo a las formas del pasado, y a tal punto que «el mundo del siglo XXI se parecerá, sin duda, mucho más al siglo XIX que al XX» (58). Naturalmente, Howard se refiere a los comportamientos estratégicos más que a los socioculturales, pero aunque el analista no lo expresa así, es claro que si las estrategias se rompen o se embisten, sociedades y naciones pagarían un pesado tributo por esas muertes de la prudencia.

En la perspectiva del cuadro 4 sobre masas de emigrantes, todas las escalas, repartidas entre 1985 y 1992, van en aumento, y aunque no hay datos completos de 1995 y sólo puede hablarse de una tendencia para 1996, todo indica que esa orientación ha continuado. Cifras cercanas a los 4.000.000 de emigrantes son enormes, y si Europa puede absorberlas por espacio disponible, no lo son en cuanto a la comprensión popular e ideológica del fenómeno.

Esas presiones no tienen aspecto de disminuir —el supuesto más optimista es el de paralizarlas o el de reducir a la baja el número de refugiados provenientes de Bosnia y Croacia— por cuanto la capacidad generadora de los países del Tercer Mundo se reduce de forma espectacular, y en particular las de África, continente cuya proximidad a Europa adquiere connotaciones de perturbador contacto geopolítico.

En el ámbito de las exportaciones comerciales se refleja que, si América Latina ha perdido nueve puntos de crecimiento en 40 años, África ha visto reducido ese porcentaje en más de tres puntos; y como ya partía de un paupérrimo 5,2%, al situarse en el nivel del 1,9% mundial, pierde el listón del desamparo y se queda bajo el de la pobreza absoluta. Sólo la recuperación de la Suráfrica de Mandela, con su capacidad locomotriz para el África Austral y Central, podría invertir esa posición, pero siempre en negativo, pues el desplome del espacio norteafricano y subsahariano no tiene visos de mejora. De ahí que consideramos sendas expectativas en descenso, una moderada, en torno al 1,7%, y otra en verdadero picado: alrededor del 1,1%.

América se contiene o muestra síntomas de clara mejoría. Como es un espacio protegido por la enormidad de sendas masas oceánicas, está a salvo de perturbaciones zonales de las dimensiones que amenazan a Europa. Pero su sistema político no acaba de desarraigarse de viejos métodos y ásperas situaciones sociales. En consecuencia, la estimamos con opción a una alternativa de descenso liviano y otra de crecimiento moderado.

Asia es el único continente que puede ofrecer claras expectativas de mejora y no menos «claras» posibilidades de empeoramiento, dadas las graves interrogantes residentes en China y Japón. De este modo, en sus expectativas para el ámbito del año 2000 le situamos en una horquilla opcional positiva —si la política china no hace un disparate agresor y la economía nipona resiste—, en ambos términos, situando la menor en torno al 15,5%, y llegando en la mayor hasta el 18,5%. Pero cruzando los dedos, cuadro 5.

---

(58) HOWARD, Michael. *Le désordre des démocraties: le problème du consensus dans les sociétés postindustrielles en Défense Nationale*, abril de 1996, pp. 50-56.

**Cuadro 5.— Porcentajes del Tercer Mundo en las exportaciones mundiales (años 1950-1990, más estimación para el año 2000 en porcentaje).**

Continentes	Años				
	1950	1970	1980	1990	2000
América Latina	12,4	9,9	5,5	3,9	¿3,4? o ¿4,6?
África	5,2	5,0	4,7	1,9	¿1,7? o ¿1,1?
Asia	13,1	14,2	17,8	14,0	¿15,5? o ¿18,5?

Fuentes: Glyn Sutcliffe, 1992. Overbeek y elaboración propia.

En los cuadros citados, las estimaciones para los años 1995-1996 las hemos estudiado en base a aumentar en un 5% los inmigrantes con derecho a residencia; en disminuir en un 20% los que podrían tener el derecho constitucional a emigrar desde sus regiones europeas de origen —caso de las minorías alemanas en Centroeuropa y Rusia, proceso con tendencia a la baja tras los grandes aportes de 1992—; en incrementar a los emigrantes clandestinos en un 35%; en elevar el número de los peticionarios de asilo en sólo un 18%; y en aumentar los refugiados ex yugoslavos en el 300% (1.110.000) pues la cifra de 1992 (370.000) equivalía, un año después, casi al total de los acantonados en Alemania, y dentro de una masa repartida por Europa que superaba ¡los tres millones y medio!

Debemos tener muy en cuenta, tal y como comenta Raffone en un reciente estudio sobre las afligidas comunidades bosnias, que de esos 350.000 refugiados en Alemania, «una mayoría se han integrado en su nuevo hogar y no entienden la necesidad de volver». No es para menos. Porque si las fronteras de la hostilidad siguen abiertas, la destrucción ha alcanzado niveles de paroxismo bélico que no se habían dado desde la Segunda Guerra Mundial, con el 80% de las viviendas arrasadas, algo inaudito —sólo cuatro ciudades y sus áreas metropolitanas alcanzaron semejante nivel en 1943-1945: Berlín, Manila, Stalingrado y Varsovia—, a lo que se añade una auténtica diáspora de las fuerzas intelectuales, pues no menos de 30.000 universitarios, profesores y científicos bosnios han emigrado hacia Alemania, Austria y Estados Unidos. Y esa es una emigración para siempre. En el lado serbio las cosas no han ido mucho mejor: los 200.000 habitantes de la Krajina croata han sido expulsados por los Ejércitos de Trudjman, y la destrucción de sus hogares alcanzó cifras del 60% (59).

Es cierto que, ante la apertura del proceso electoral en Bosnia, las potencias europeas receptoras de sus exiliados forzosos se han apresurado a completar los trámites de repatriación; acciones que, en el caso alemán, tomaron las características de una expulsión «controlada y repartida», pues se dejaba la decisión final sobre esos retornos en manos de los gobiernos locales (*länder*). La decisión del Gobierno Kohl, hecha pública el jueves 19 de septiembre repartía las responsabilidades federales y autonómicas, cosa comprensible desde la magnitud de los números financieros en juego —un coste estimado para el Estado en 15.000 millones de marcos (125.000 millones de pesetas)—, pero nunca en la perspectiva de las magnitudes sociales: 320.000 personas necesitadas no ya de esas

(59) RAFFONE, Paolo. «Le cauchemar des réfugiés bosniaques», en *Le Monde Diplomatique*, número 510, septiembre de 1996.

ayudas, sino de un lugar estable para sobrevivir (60). Algo que las elecciones bosnias del 14 de septiembre no podían garantizar. Todo hace suponer que Alemania, pese a soportar unas ayudas al exilio ex yugoslavo equivalente al 60% del total de las desembolsadas por la UE, tendrá graves impedimentos (morales, diplomáticos y mediáticos) para ponerlas un fin más o menos rápido y difícilmente «total».

Unas fracturas de semejante entidad no las puede rellenar ninguna ayuda material o espiritual (el valor real de las elecciones habidas, donde volvieron a triunfar los líderes que representaban los cortes étnicos y religiosos). Las gentes votaron —los pocos que decidieron permanecer— pero dudaron muchísimo que sus votos trajeran la seguridad. Sin embargo, ese camino es el único avance hoy comprensible. En cuanto a las ayudas, son bastante menos de lo que se necesita: en torno al 50% de lo imprescindible. El desastre en Bosnia es tan completo que hace enmudecer nuestros corazones y nuestros cálculos. Obviamente existe otra masa preocupante para Europa: los 147.000.000 de habitantes de la Federación Rusa y los otros 100.000.000 que se escalonan en lo que antes fuera perímetro avanzado del Pacto de Varsovia (desde Polonia a Albania).

### *Reacciones y funciones de las religiones politizadas*

La mezcla de religión y política siempre ha traído consecuencias nefastas. En la Europa de hoy, las emociones de las antiguas guerras de religión volvieron con el conflicto en Yugoslavia, pero esas tragedias fueron más una limpieza étnica de cuerpos que de almas, y un despiadado interés de los bandidos locales más que de los mesías. No obstante, la importancia del choque entre musulmanes (bosnios), católicos (croatas) y cristianos ortodoxos (serbios) tampoco debe menospreciarse. En cuanto a un conflicto típico de esa naturaleza belicosa, como lo fue el Ulster entre mediados del siglo XIX y su convulso acceso a la independencia en el año 1922, ya sólo quedan un montón de prejuicios, que aún siguen matando a irlandeses y británicos.

A la religión politizada, podemos considerarla erradicada del mapa europeo occidental y central, no así al fanatismo de la política regional. Empero, nada hace prever que territorios de naturaleza tan crítica como Albania, Moldavia y Macedonia conozcan mañana choques socio-religiosos de envergadura, aunque sí puedan darse escenas de criminalidad localizada de esos impulsos, y que, en su genérica provocación, suelen ser inducidas por la barbarie de una política caciquil y despótica.

Otra cosa es el supuesto gran miedo del Occidente a una islamización del este europeo, lo cual supone casi una teatralización de las estrategias. Y asimismo, un insulto a la convivencia demostrable de religiones y pueblos. Pues nada hubo más noble y honrado, ni más pacífico ni creativo, que esa cordialidad intercultural que se daba en la capital de Bosnia, esa Sarajevo mártir donde convivían tres culturas y donde se efectuaban, a diario, matrimonios mixtos con una sorprendente seguridad en los cónyuges y en sus familias. De todo ello no queda hoy nada o subsiste muy poco, y ésa sí que es una de las más dolorosas y serias pérdidas del mejor hacer de la europeidad.

---

(60) *Le Monde*, edición del sábado 21 de septiembre de 1996.

En los Balcanes murieron tanto el respeto al Derecho Internacional como esa soberbia de haber considerado finita a la Historia, tal y como definía Fukuyama en 1989. En los Balcanes, la historia peor de Europa nos ha saltado a la cara. Faltos de los estímulos, seguridades y miedos que les impuso el titoísmo en 1944 —resumidos en una idea movilizadora (el comunismo), en el bienestar orgánico (el estómago) y en el temor al castigo por todo desviacionismo (la espada)—, los pueblos yugoslavos se consideraron tan liberados de todo precepto como obligados a vulnerar toda ley, y se convirtieron en asesinos de sí mismos.

Es éste un espacio de industrialización de tercer nivel, y aunque las ayudas internacionales llegan con generosidad, los destrozos en las familias, y la desconfianza de las gentes en volver a reunirse y trabajar en su propio suelo, van a impedir durante largo tiempo una movilización de las energías reformadoras. Porque la paz sólo podría asegurarse con una reunificación del bienestar, una asociación productiva y amistosa de los enemigos recientes. Cuesta creer que empresas bosnias y serbias trabajen y participen de una misma inversión. Como bien dice Duchesne, «uno de los cambios (de nuestra era) es el descubrimiento de que el poder no yace en el suelo (en las materias primas o en los minerales estratégicos), sino en la innovación técnica» (61). Suiza y Japón, países desprovistos de grandes recursos naturales, aunque sí poseedores de una férrea organización social, y a la vez gestores de un potente entramado financiero-comercial, figuran entre los más ricos del planeta.

¿Esa organización existía en la antigua Yugoslavia? No, con la excepción de Eslovenia, y esto con matices. Faltos de líderes, sus mejores cuadros muertos o en el exilio, estas sociedades tendrán irreprimibles tendencias a emigrar, porque sus enemigos seguirán en la frontera, y esa frontera será la casa de enfrente o el campo amenazante situado al otro lado del río. Esa religión del miedo físico y del recuerdo vivido de la barbarie habida es la que mata, y no la de la Cruz o la de la Media Luna.

Huntington ha insistido, como es bien sabido, en esa expectativa inquietante del choque de civilizaciones, y se apoya para sus tesis en autores hindúes como M. J. Akbar, o en occidentales, como Bernard Lewis, los dos convencidos de que ese encuentro será cualquier cosa menos dialogante, y tendrá como escenario «el gran arco que se despliega desde el Magreb al Pakistán» (62). La toma de Kabul (26 de septiembre) por las implacables milicias de talibanes —integristas islámicos—, con su semillero de ejecuciones y durísimas represiones ideoculturales, refuerza ese carácter de «mundos atrincherados». La visión impone, mas para que se consolide tal cosa hace falta un proyecto y varios guías —tan ambiciosos uno como los otros— que lo lleven a término. Nada de eso observamos en la espacialidad islámica, y puede que la unión de esos pueblos y poderes islamistas se formalice en el futuro más por el miedo a no desvelar el fracaso previo de su opción ideológica que por la convicción plena en un destino que podría ser moral siendo también estratégico. Sólo la desaparición de Rusia, por estallido multinacional o por regresionismo caudillista, podría generar la réplica constitutiva de una suma de poderes islámicos opuestos a ese *vacuum*, pero que, en su precipitación unificadora, sin plan preciso y sin líderes convincentes, añadiría un vacío a otro.

---

(61) DUCHESNE, François. «Conflits de civilisations? Une vision alternative», en *Commentaire*, volumen 18, número 66, p. 259.

(62) HUNTINGTON, S. *Op. cit.*, p. 243.

# ASPECTOS CIVILES DEL PROCESO DE PAZ EN BOSNIA-HERZEGOVINA

Pablo Gómez de Olea Bustinza

*Subdirector general adjunto de Asuntos Internacionales de Seguridad*

*Dirección General de Naciones Unidas, Seguridad y Desarme*

*Ministerio de Asuntos Exteriores.*

Desde la firma de los Acuerdos de Dayton en el mes de diciembre en París se han criticado los escasos avances en la aplicación de los aspectos civiles del proceso de paz, en contraste con la alta efectividad de las Fuerza de Aplicación de los Acuerdos de Paz (IFOR), en el cumplimiento de los aspectos militares. El contraste es real pero las críticas son injustificadas. La aplicación de los aspectos militares ha tenido una decisiva pieza disuasoria en la presencia de la fuerza multinacional. La voluntad de las Partes se suplía en gran parte por la capacidad de reacción de IFOR. En los aspectos civiles la situación era y es totalmente distinta. No sólo se depende de una voluntad de las Partes muchas veces escasa o reacia, sino que ha existido una multiplicidad de centros de decisión que han complicado enormemente la tarea. En cualquier caso se han hecho y se siguen haciendo por parte de la comunidad internacional enormes esfuerzos en una amplia gama de frentes distintos y a la vez complementarios: la construcción de una Bosnia-Herzegovina unitaria integrada por dos Entidades con amplio margen de autonomía, la democratización, el respeto a los derechos humanos, la reconstrucción económica, el retorno de refugiados y la estabilidad regional. Todas estas áreas forman parte de un todo unitario, los Acuerdos de Dayton, cuyo objetivo último es la estabilidad autosostenible en Bosnia-Herzegovina.

La multiplicidad de centros de decisión y esta diversidad de áreas de actuación aconseja un esfuerzo de clarificación para poder afrontar el periodo poselectoral con la mayor eficacia posible. El proceso de paz continuará siendo multifacético pero es necesario racionalizar el esfuerzo, coordinarlo al máximo para evitar duplicidades y reducir al mínimo los centros decisorios.

## **Aspectos institucionales**

La fase poselectoral es crucial para conseguir el objetivo de la estabilidad autosostenible mediante la puesta en pie del entramado constitucional de Dayton. A su vez las instituciones comunes previstas en el Acuerdo de Paz materializarán la idea de una Bosnia-Herzegovina unitaria, integrada por dos Entidades con amplísimo margen de autonomía, que supere de una vez las tendencias a la separación que se han producido desde la firma de los Acuerdos de Paz.

Este proceso es tremendamente complejo e implica por un lado la creación *ex novo* de todo un aparato institucional, con lo que ello supone de regulación del procedimiento de

toma de decisiones, funcionamiento interno, transición desde las instituciones preexistentes, composición étnica equilibrada, etc. Por otro lado, sin una Federación croatomusulmana consolidada y sin una República Srpska (serbobosnios) que participe de forma constructiva en un proyecto político común, el entramado constitucional de Dayton será papel mojado.

Por otra parte, la Constitución de Bosnia-Herzegovina establece una lista de diez competencias de las instituciones centrales: política exterior, política de comercio exterior, política aduanera, política financiera respecto a las instituciones centrales y a las obligaciones internacionales de Bosnia-Herzegovina, política monetaria, política de inmigración, asuntos criminales internacionales e interentidades, comunicaciones, transportes interentidades y control del tráfico aéreo. Estas competencias se establecen sobre una doble cláusula residual, de forma que las materias no expresamente de competencia central serán competencia de las Entidades, salvo aquellas materias que las Entidades acuerden como de competencia central, se especifiquen en el Acuerdo de Paz (anejos 5 a 8) como de competencia central, o sean necesarias para preservar la soberanía, integridad territorial, independencia política y personalidad internacional de Bosnia-Herzegovina.

Se consagra, pues, un régimen que va más allá de un Estado federal (las Entidades conservan competencias, por ejemplo, en materia de defensa) en el que las Entidades cuentan con un nivel de autogobierno sin parangón. Para que esta construcción constitucional se materialice, es necesario por un lado que las instituciones centrales transfieran todas aquellas competencias de responsabilidad de las Entidades y a su vez las Entidades disuelvan todos aquellos órganos que ejercen competencias de responsabilidad central.

Si en la República Srpska éste es un proceso de doble vía, que afecta a dos niveles institucionales, en la Federación el proceso se complica por la existencia de un tercer nivel. En efecto, la pervivencia de la autoproclamada «República Croata de Herzeg-Bosna» (arreglos político-administrativos en las áreas bajo control del Ejército croatabosnio) ha impedido sistemáticamente la consolidación de la Federación.

Todo este edificio institucional funcionará si cada una de las tres comunidades se siente suficientemente representada como para poder hacer valer sus propios intereses, a menudo, contrapuestos. De la previsible tensión entre el interés musulmán hacia un Estado central fuerte, el croata hacia la preservación de su identidad cultural y comunitaria y el serbio hacia un nivel de autogobierno máximo, debe surgir el punto de encuentro que permita el funcionamiento de las disposiciones constitucionales.

A corto plazo, sin una constante supervisión internacional es muy posible que la deseada *conciliación de intereses no se produzca*. Por ello, se ha impuesto la idea de un periodo de consolidación de dos años, durante el cual continuará la supervisión internacional del proceso de paz y se irán transfiriendo gradualmente competencias y responsabilidades a las autoridades de Bosnia-Herzegovina. Se trata de pasar gradualmente de la lógica de la asistencia de la comunidad internacional a la de la responsabilidad de los dirigentes y de la población de Bosnia-Herzegovina. Al mismo tiempo y dado que en la Constitución no se fija la duración de las legislaturas, se haría coincidir el fin de las mismas con el periodo de consolidación, celebrándose de nuevo elecciones en el año 1998.